

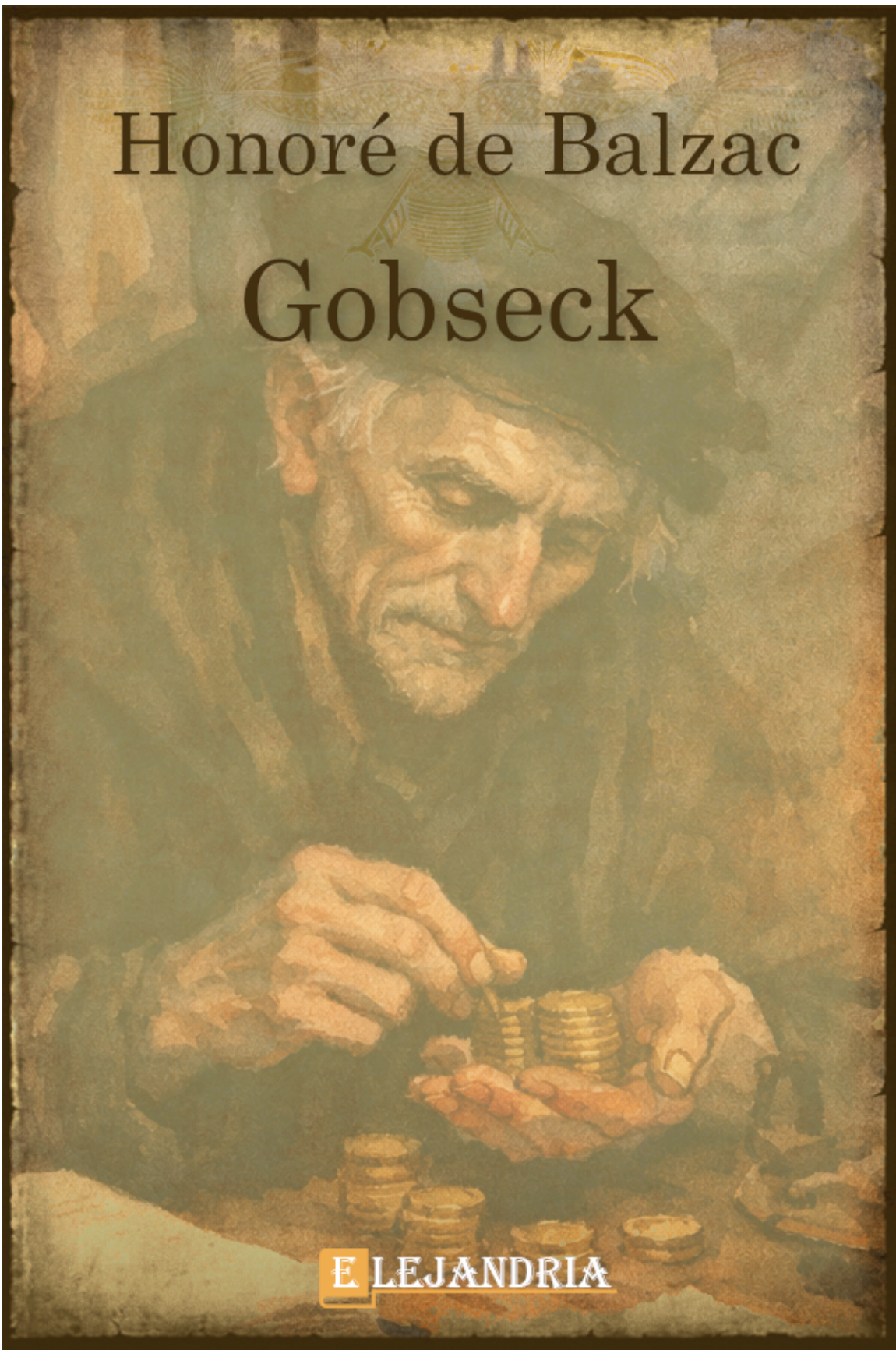


Honoré de Balzac

Gobseck

E LEJANDRIA

Honoré de Balzac
Gobseck



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

GOBSECK

HONORÉ DE BALZAC

PUBLICADO: 1830
FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
EDICIÓN ORIGINAL: A. HOUSSIAUX, 1855

GOBSECK

A MONSIEUR LE BARON BARCHOU DE PENHOEN.

De entre todos los alumnos de Vendôme, creo que somos los únicos que nos hemos reencontrado en medio de la carrera de las letras, inosotros que cultivábamos ya la filosofía a la edad en que no debíamos cultivar más que el *De viris!* He aquí la obra que yo escribía cuando nos volvimos a ver, y mientras tú trabajabas en tus bellas obras sobre la filosofía alemana. Así pues, ni el uno ni el otro hemos faltado a nuestras vocaciones. Sin duda, sentirás al ver aquí tu nombre tanto placer como el que ha tenido al inscribirlo,

Tu viejo camarada de colegio,

De Balzac.

1840.

A la una de la madrugada, durante el invierno de 1829 a 1830, se encontraban todavía en el salón de la vizcondesa de Grandlieu dos personas ajenas a su familia. Un joven y apuesto hombre salió al oír sonar el reloj. Cuando el ruido del carruaje resonó en el patio, la vizcondesa, al no ver más que a su hermano y a un amigo de la familia que terminaban su partida de *piquet*, avanzó hacia su hija, quien, de pie ante la chimenea del salón, parecía examinar una

pantalla de litofanía, y que escuchaba el ruido del cabriolé de manera que justificaba los temores de su madre.

—Camille, si continúa manteniendo con el joven conde de Restaud la conducta que ha tenido esta noche, me obligará a no recibirlo más. Escuche, hija mía, si tiene confianza en mi ternura, déjeme guiarla en la vida. A los diecisiete años no se sabe juzgar ni el futuro, ni el pasado, ni ciertas consideraciones sociales. No le haré más que una sola observación. El señor de Restaud tiene una madre que devoraría millones, una mujer mal nacida, una señorita Goriot que antaño dio mucho de qué hablar. Se comportó tan mal con su padre que ciertamente no merece tener tan buen hijo. El joven conde la adora y la sostiene con una piedad filial digna de los mayores elogios; tiene, sobre todo, un cuidado extremo de su hermano y de su hermana. Por admirable que sea esta conducta —añadió la condesa con aire astuto—, mientras su madre exista, todas las familias temblarán al confiar a ese pequeño Restaud el futuro y la fortuna de una joven.

—He oído algunas palabras que me dan ganas de intervenir entre usted y la señorita de Grandlieu —exclamó el amigo de la familia—. He ganado, señor conde —dijo dirigiéndose a su adversario—. Le dejo para correr en socorro de su sobrina.

—Eso es lo que se llama tener oídos de procurador —exclamó la vizcondesa—. Mi querido Derville, ¿cómo ha podido oír lo que le decía en voz baja a Camille?

—He comprendido sus miradas —respondió Derville sentándose en una butaca junto al rincón de la chimenea.

El tío se puso al lado de su sobrina, y la señora de Grandlieu tomó asiento en una silla baja, entre su hija y Derville.

—Es hora, señora vizcondesa, de que le cuente una historia que le hará modificar el juicio que tiene sobre la fortuna del conde Ernest de Restaud.

—¿Una historia? —exclamó Camille—. Empiece rápido, pues, señor.

Derville lanzó a la señora de Grandlieu una mirada que le hizo comprender que este relato debía interesarle. La vizcondesa de Grandlieu era, por su fortuna y por la antigüedad de su nombre, una de las mujeres más notables del faubourg Saint-Germain; y, si no parece natural que un procurador de París pudiera hablarle tan familiarmente y comportarse en su casa de una manera tan desenfadada, es sin embargo fácil explicar este fenómeno. La señora de Grandlieu, de regreso a Francia con la familia real, había venido a vivir a París, donde al principio no había vivido más que de los socorros concedidos por Luis XVIII sobre los fondos de la Lista Civil, una situación insoportable. El procurador tuvo la ocasión de descubrir algunos vicios de forma en la venta que la República había hecho antaño del palacete de Grandlieu, y pretendió que debía ser restituido a la vizcondesa. Empezó este pleito mediante un precio alzado, y lo ganó. Animado por este éxito, pleiteó tan bien contra no sé qué hospicio, que obtuvo la restitución del bosque de Grandlieu. Luego, hizo recuperar también algunas acciones sobre el canal de Orleans y ciertos inmuebles bastante importantes que el emperador había dado en dote a establecimientos públicos. Así, restablecida por la habilidad del joven procurador, la fortuna de la señora de Grandlieu se había elevado a una renta de unos sesenta mil francos, tras la ley sobre la indemnización que le había devuelto sumas enormes. Hombre de alta probidad, sabio, modesto y de buena compañía, este procurador se convirtió entonces en el amigo de la familia. Aunque su conducta para con la señora de Grandlieu le hubiese merecido la estima y la clientela de las mejores casas del faubourg Saint-Germain, no aprovechaba este favor como podría haberlo aprovechado un hombre ambicioso. Resistía a las ofertas de la vizcondesa, que quería hacerle vender su cargo y lanzarlo a la magistratura, carrera donde, gracias a sus protecciones, habría obtenido el más rápido ascenso. A excepción del palacete de Grandlieu, donde pasaba algunas veces la velada, no iba a reuniones sociales más que para mantener sus relaciones. Fue muy afortunado que sus talentos hubiesen salido a la luz por su devoción a la señora de Grandlieu, pues habría corrido el riesgo de dejar languidecer su despacho. Derville no tenía alma de procurador.

Desde que el conde Ernest de Restaud se había introducido en casa de la vizcondesa, y desde que Derville había descubierto la simpatía de Camille por este joven, se había vuelto tan asiduo en casa de la señora de Grandlieu como lo habría sido un dandi de la Chaussée-d'Antin recién admitido en los círculos del noble faubourg. Algunos días antes, se había encontrado en un baile junto a Camille, y le había dicho señalando al joven conde:

—Es una lástima que ese muchacho no tenga dos o tres millones, ¿verdad?

—¿Es eso una desgracia? No lo creo —había respondido ella—. El señor de Restaud tiene mucho talento, es instruido y es bien visto por el ministro junto al cual ha sido colocado. No dudo de que se convierta en un hombre muy notable. Ese muchacho encontrará tanta fortuna como quiera el día en que haya llegado al poder.

—Sí, ¿pero si ya fuera rico?

—Si fuera rico —dijo Camille ruborizándose—, todas las jóvenes que están aquí se lo disputarían —añadió señalando las cuadrillas.

—Y entonces —había respondido el procurador—, la señorita de Grandlieu ya no sería la única hacia la cual él volvería los ojos. ¡He aquí por qué se ruboriza! Usted siente gusto por él, ¿no es así? Vamos, dígallo.

Camille se había levantado bruscamente. «Ella lo ama», había pensado Derville. Desde ese día, Camille había tenido con el procurador atenciones inusitadas al percibir que él aprobaba su inclinación por el joven conde Ernest de Restaud. Hasta entonces, aunque no ignoraba ninguna de las obligaciones de su familia para con Derville, había tenido por él más consideración que amistad verdadera, más cortesía que sentimiento; sus modales, así como el tono de su voz, le habían hecho sentir siempre la distancia que la etiqueta ponía entre ellos. La gratitud es una deuda que los hijos no aceptan siempre en el inventario.

—Esta aventura —dijo Derville tras una pausa— me recuerda las únicas circunstancias novelescas de mi vida. ¡Ya se ríen —retomó—

al oír a un procurador hablarles de una novela en su vida! Pero yo tuve veinticinco años como todo el mundo, y a esa edad ya había visto cosas extrañas. Debo empezar por hablarles de un personaje que ustedes no pueden conocer. Se trata de un usurero. ¿Captarán bien esa figura pálida y mortecina, a la que quisiera que la Academia me permitiera dar el nombre de *faz lunar*, pues se parecía a la plata dorada deslucida? Los cabellos de mi usurero eran lacios, cuidadosamente peinados y de un gris ceniza. Los rasgos de su rostro, impasible tanto como el de Talleyrand, parecían haber sido fundidos en bronce. Amarillos como los de una garduña, sus pequeños ojos no tenían casi pestañas y temían la luz; pero la visera de una vieja gorra los protegía de ella. Su nariz puntiaguda estaba tan picada en la punta que la hubierais comparado con una barrena. Tenía los labios finos de esos alquimistas y de esos viejecillos pintados por Rembrandt o por Metzú. Este hombre hablaba bajo, con un tono suave, y nunca se enfadaba. Su edad era un problema: no se podía saber si había envejecido antes de tiempo o si había ahorrado su juventud para que le sirviera siempre. Todo estaba limpio y raído en su habitación, parecida, desde el paño verde del escritorio hasta la alfombra de la cama, al frío santuario de esas solteronas que se pasan el día frotando sus muebles. En invierno, los tizones de su hogar, siempre enterrados en un talud de cenizas, humeaban allí sin llamear. Sus acciones, desde la hora de levantarse hasta sus accesos de tos por la noche, estaban sometidas a la regularidad de un reloj. Era, en cierto modo, un hombre-modelo al que el sueño daba cuerda. Si tocáis una cochinilla que camina sobre un papel, se detiene y se hace la muerta; del mismo modo, este hombre se interrumpía en medio de su discurso y callaba al paso de un carruaje, para no forzar su voz. A imitación de Fontenelle, economizaba el movimiento vital y concentraba todos los sentimientos humanos en el *yo*. Así, su vida transcurría sin hacer más ruido que la arena de un reloj antiguo. A veces sus víctimas gritaban mucho, se enfurecían; luego, después, se hacía un gran silencio, como en una cocina donde se degüella un pato. Hacia la noche, el hombre-letra se cambiaba en un hombre ordinario, y sus metales se metamorfoseaban en corazón humano. Si estaba

contento con su jornada, se frotaba las manos dejando escapar por las arrugas agrietadas de su rostro un humo de alegría, pues es imposible expresar de otro modo el juego mudo de sus músculos, donde se pintaba una sensación comparable a la risa vacía de «Calzas de Cuero». En fin, en sus mayores accesos de gozo, su conversación seguía siendo monosilábica y su semblante era siempre negativo. Tal es el vecino que el azar me había dado en la casa que yo habitaba en la calle de los Grès, cuando aún no era más que segundo pasante y terminaba mi tercer año de Derecho. Esta casa, que no tiene patio, es húmeda y sombría. Los apartamentos no reciben luz más que de la calle. La distribución claustal que divide el edificio en habitaciones de igual tamaño, no dejándoles otra salida que un largo pasillo iluminado por tragaluces, anuncia que la casa formó parte antaño de un convento. Ante este triste aspecto, la alegría de un hijo de familia expiraba antes de que entrara en casa de mi vecino: su casa y él se parecían. Hubierais dicho que eran la ostra y su roca. El único ser con el que se comunicaba, socialmente hablando, era yo; venía a pedirme fuego, me tomaba prestado un libro, un periódico, y me permitía por la noche entrar en su celda, donde charlábamos cuando estaba de buen humor. Estas muestras de confianza eran el fruto de una vecindad de cuatro años y de mi juiciosa conducta, que, a falta de dinero, se parecía mucho a la suya. ¿Tenía parientes, amigos? ¿Era rico o pobre? Nadie habría podido responder a estas preguntas. Yo nunca veía dinero en su casa. Su fortuna se encontraba sin duda en las bóvedas del Banco. Él mismo cobraba sus letras corriendo por París con una pierna seca como la de un ciervo. Era, por lo demás, mártir de su prudencia. Un día, por casualidad, llevaba oro; un doble napoleón asomó, no se sabe cómo, a través de su chaleco; un inquilino que le seguía por la escalera recogió la moneda y se la presentó.

—Eso no me pertenece —respondió él con un gesto de sorpresa—. ¡Yo tener oro! ¿Viviría como vivo si fuera rico?

Por la mañana preparaba él mismo su café en un infiernillo de chapa, que permanecía siempre en el ángulo oscuro de su chimenea; un asador le traía la comida. Nuestra vieja portera subía a

una hora fija para adecentar la habitación. Finalmente, por una singularidad que Sterne llamaría una predestinación, este hombre se llamaba Gobseck. Cuando más tarde llevé sus asuntos, supe que en el momento en que nos conocimos tenía unos setenta y seis años. Había nacido hacia 1740, en los arrabales de Amberes, de una judía y de un holandés, y se llamaba Jean-Esther Van Gobseck. ¿Sabían cuánto se ocupó París del asesinato de una mujer llamada la «bella Holandesa»? Cuando hablé de ello por casualidad a mi antiguo vecino, me dijo, sin expresar ni el menor interés ni la más ligera sorpresa:

—Es mi sobrina nieta.

Esta frase fue todo lo que le arrancó la muerte de su sola y única heredera, la nieta de su hermana. Los debates judiciales me informaron de que la bella Holandesa se llamaba, en efecto, Sara Van Gobseck. Cuando le pregunté por qué extraña razón su sobrina nieta llevaba su apellido:

—Las mujeres nunca se han casado en nuestra familia —me respondió sonriendo.

Este hombre singular nunca había querido ver a una sola persona de las cuatro generaciones femeninas donde se encontraban sus parientes. Aborrecía a sus herederos y no concebía que su fortuna pudiera ser poseída jamás por otros que no fueran él, incluso después de su muerte. Su madre lo había embarcado desde la edad de diez años en calidad de grumete hacia las posesiones holandesas en las Grandes Indias, por donde había rodado durante veinte años. Por eso las arrugas de su frente amarillenta guardaban los secretos de acontecimientos horribles, de terrores repentinos, de azares inesperados, de contratiempos novelescos, de alegrías infinitas: el hambre soportada, el amor pisoteado, la fortuna comprometida, perdida, reencontrada, la vida muchas veces en peligro, y salvada quizá por esas determinaciones cuya rápida urgencia excusa la crueldad. Había conocido al Sr. de Lally, al Sr. de Kergarouët, al Sr. d'Estaing, al baile de Suffren, al Sr. de Portenduère, a Lord Cornwallis, a Lord Hastings, al padre de Tippto-Saeb y al propio

Tippo-Saeb. Ese saboyano que sirvió a Madhadjy-Sindiah, el rey de Delhi, y que contribuyó tanto a fundar el poder de los maratas, había hecho negocios con él. Había tenido relaciones con Victor Hughes y varios célebres corsarios, pues había residido largo tiempo en Santo Tomás. Había intentado todo tan bien para hacer fortuna que había tratado de descubrir el oro de esa tribu de salvajes tan célebres en los alrededores de Buenos Aires. En fin, no era ajeno a ninguno de los acontecimientos de la guerra de la independencia americana. Pero cuando hablaba de las Indias o de América, lo que no le ocurría con nadie, y muy raramente conmigo, parecía que fuera una indiscreción, parecía arrepentirse de ello. Si la humanidad, si la sociabilidad son una religión, él podía ser considerado como un ateo. Aunque me hubiera propuesto examinarlo, debo confesar para mi vergüenza que hasta el último momento su corazón fue impenetrable. A veces me he preguntado a qué sexo pertenecía. Si los usureros se parecen a ese, creo que son todos del género neutro. ¿Había permanecido fiel a la religión de su madre y miraba a los cristianos como a su presa? ¿Se había hecho católico, mahometano, brahmán o luterano? Nunca supe nada de sus opiniones religiosas. Me parecía ser más indiferente que incrédulo.

Una noche entré en casa de este hombre que se había hecho oro, y al que, por antífrasis o por burla, sus víctimas, a las que él nombraba sus clientes, llamaban «Papá Gobseck». Lo encontré en su sillón, inmóvil como una estatua, con los ojos fijos en la repisa de la chimenea donde parecía releer sus bordereaux de descuento. Una lámpara humeante cuyo pie había sido verde arrojaba un resplandor que, lejos de colorear aquel rostro, hacía resaltar mejor su palidez. Me miró silenciosamente y me señaló mi silla que me esperaba. «¿En qué piensa este ser?», me dije. «¿Sabe si existe un Dios, un sentimiento, mujeres, una felicidad?». Lo compadecí como habría compadecido a un enfermo. Pero comprendía bien también que, si tenía millones en el Banco, podía poseer con el pensamiento la tierra que había recorrido, escudriñado, sopesado, evaluado, explotado.

—Buenos días, Papá Gobseck —le dije.

Él giró la cabeza hacia mí, sus grandes cejas negras se juntaron ligeramente; en él, esta inflexión característica equivalía a la más alegre sonrisa de un meridional.

—Está usted tan sombrío como el día en que vinieron a anunciarle la quiebra de ese librero de quien tanto admiró la destreza, aunque usted haya sido la víctima.

—¿Víctima? —dijo con aire asombrado.

—Con el fin de obtener su convenio de acreedores, ¿no le había liquidado su crédito en pagarés firmados por la razón social en quiebra; y cuando se recuperó, no se los sometió a la reducción dictada por el convenio?

—Era astuto —respondió—, pero le volví a pillar.

—¿Tiene entonces algunos pagarés que protestar? Estamos a día treinta, creo.

Le hablaba de dinero por primera vez. Alzó hacia mí sus ojos con un movimiento burlón; luego, con su voz suave cuyos acentos se parecían a los sonidos que saca de su flauta un alumno que no tiene embocadura:

—Me divierto —me dijo.

—¿Se divierte usted entonces alguna vez?

—¿Cree usted que no hay más poetas que los que imprimen versos? —me preguntó encogiéndose de hombros y lanzándome una mirada de piedad.

«¡Poesía en esa cabeza!», pensé, pues no conocía aún nada de su vida.

—¿Qué existencia podría ser tan brillante como lo es la mía? —dijo continuando, y su ojo se animó—. Usted es joven, tiene las ideas de su sangre, ve figuras de mujer en sus tizones, yo no percibo más que carbones en los míos. Usted cree en todo, yo no creo en nada. Guarde sus ilusiones, si puede. Voy a hacerle el recuento de la vida. Ya sea que viaje, ya sea que se quede al rincón de su chimenea y de

su mujer, llega siempre una edad en la que la vida no es más que un hábito ejercido en un cierto medio preferido. La felicidad consiste entonces en el ejercicio de nuestras facultades aplicadas a realidades. Fuera de estos dos preceptos, todo es falso. Mis principios han variado como los de los hombres, he tenido que cambiarlos en cada latitud. Lo que Europa admira, Asia lo castiga. Lo que es un vicio en París, es una necesidad cuando se han pasado las Azores. Nada es fijo aquí abajo, no existen más que convenciones que se modifican según los climas. Para quien se ha lanzado forzosamente en todos los moldes sociales, las convicciones y las morales no son más que palabras sin valor. Queda en nosotros el único sentimiento verdadero que la naturaleza ha puesto ahí: el instinto de nuestra conservación. En vuestras sociedades europeas, este instinto se llama interés personal. Si hubiera vivido tanto como yo, sabría que no hay más que una sola cosa material cuyo valor sea lo bastante cierto para que un hombre se ocupe de ella. Esa cosa... es el oro. El oro representa todas las fuerzas humanas. He viajado, he visto que había por todas partes llanuras o montañas: las llanuras aburren, las montañas fatigan; los lugares no significan, pues, nada. En cuanto a las costumbres, el hombre es el mismo en todas partes: en todas partes el combate entre el pobre y el rico está establecido, en todas partes es inevitable; vale más, pues, ser el explotador que ser el explotado; en todas partes se encuentra gente musculosa que trabaja y gente linfática que se atormenta; en todas partes los placeres son los mismos, pues en todas partes los sentidos se agotan, ¡y no les sobrevive más que un solo sentimiento, la vanidad! La vanidad es siempre el *yo*. La vanidad no se satisface más que con oleadas de oro. Nuestras fantasías requieren tiempo, medios físicos o cuidados. ¡Pues bien!, el oro contiene todo en germen, y lo da todo en realidad. No hay más que locos o enfermos que puedan encontrar felicidad en barajar las cartas todas las noches para saber si ganarán unos céntimos. No hay más que tontos que puedan emplear su tiempo en preguntarse qué ocurre, si la señora tal se ha acostado en su sofá sola o en compañía, si tiene más sangre que linfa, más temperamento que virtud. No hay más que incautos que puedan creerse útiles a sus semejantes ocupándose en trazar

principios políticos para gobernar acontecimientos siempre imprevistos. No hay más que bobos que puedan amar hablar de los actores y repetir sus palabras; hacer todos los días, pero en un espacio mayor, el paseo que hace un animal en su jaula; vestirse para los otros, comer para los otros; glorificarse de un caballo o de un carruaje que el vecino no puede tener hasta tres días después que ellos. ¿No es esa la vida de vuestros parisinos traducida en algunas frases? Veamos la existencia desde más arriba de lo que ellos la ven. La felicidad consiste o en emociones fuertes que gastan la vida, o en ocupaciones regladas que hacen de ella una mecánica inglesa funcionando por tiempos regulares. Por encima de estas felicidades, existe una curiosidad, pretendida noble, de conocer los secretos de la naturaleza o de obtener una cierta imitación de sus efectos. ¿No es eso, en dos palabras, el Arte o la Ciencia, la Pasión o la Calma? ¡Pues bien!, todas las pasiones humanas engrandecidas por el juego de vuestros intereses sociales vienen a desfilarse ante mí, que vivo en la calma. Luego, vuestra curiosidad científica, especie de lucha donde el hombre siempre lleva las de perder, yo la sustituyo por la penetración de todos los resortes que hacen mover a la Humanidad. En una palabra, poseo el mundo sin fatiga, y el mundo no tiene la menor presa sobre mí. Escúcheme —reanudó—, por el relato de los acontecimientos de la mañana adivinaré mis placeres.

Se levantó, fue a correr el cerrojo de su puerta, tiró de una cortina de vieja tapicería cuyas anillas chirriaron sobre la barra, y volvió a sentarse.

—Esta mañana —me dijo— no tenía más que dos efectos a cobrar; los otros habían sido dados la víspera como dinero contante a mis clientes. ¡Otro tanto ganado! Pues, al descuento, deduzco el viaje que me requiere el cobro, tomando cuarenta sueldos por un cabriolé de fantasía. ¿No sería gracioso que un cliente me hiciera atravesar París por seis francos de descuento, yo que no obedezco a nada, yo que no pago más que siete francos de contribuciones? El primer pagaré, valor de mil francos presentado por un joven, un muchacho guapo de chalecos de lentejuelas, con monóculo, con tílburí, caballo inglés, etc., estaba firmado por una de las mujeres

más bonitas de París, casada con algún rico propietario, un conde. ¿Por qué esta condesa había suscrito una letra de cambio, nula en derecho, pero excelente de hecho; pues esas pobres mujeres temen el escándalo que produciría un protesto en su hogar y se darían en pago antes que no pagar? Yo quería conocer el valor secreto de esta letra de cambio. ¿Era estupidez, imprudencia, amor o caridad? El segundo pagaré, de igual suma, firmado por Fanny Malvaut, me había sido presentado por un comerciante de telas en vías de arruinarse. Ninguna persona, teniendo algún crédito en el Banco, viene a mi tienda, donde el primer paso dado desde mi puerta a mi escritorio denuncia una desesperación, una quiebra a punto de estallar, y sobre todo una negativa de dinero sufrida en casa de todos los banqueros. Por eso no veo más que ciervos acosados, perseguidos por la jauría de sus acreedores. La condesa vivía en la calle del Helder, y mi Fanny en la calle Montmartre. ¿Cuántas conjeturas no he hecho yéndome de aquí esta mañana? Si estas dos mujeres no estaban en disposición de pagar, iban a recibirme con más respeto que si yo hubiera sido su propio padre. ¿Cuántas monerías no me haría la condesa por mil francos? Iba a adoptar un aire afectuoso, hablarme con esa voz cuyas zalamerías están reservadas al endosante del pagaré, prodigarme palabras cariñosas, suplicarme tal vez, y yo...

Allí, el viejo me lanzó su mirada blanca.

—¡Y yo, inquebrantable! —reanudó—. Estoy ahí como un vengador, aparezco como un remordimiento. Dejemos las hipótesis. Llego.

«La señora condesa está acostada», me dice una camarera.

«¿Cuándo estará visible?»

«A mediodía.»

«¿Acaso estaría enferma la señora condesa?»

«No, señor; pero ha vuelto del baile a las tres.»

«Me llamo Gobseck, dígame mi nombre, estaré aquí a mediodía.»

Y me voy firmando mi presencia en la alfombra que cubría las losas de la escalera. Me gusta ensuciar las alfombras del hombre rico, no por mezquindad, sino para hacerles sentir la garra de la Necesidad. Llegado a la calle Montmartre, a una casa de poca apariencia, empujo una vieja puerta cochera, y veo uno de esos patios oscuros donde el sol no penetra jamás. La garita del portero era negra, la vidriera se parecía a la manga de una levita llevada demasiado tiempo; era grasienta, parda, agrietada.

«¿La señorita Fanny Malvaut?»

«Ha salido, pero si viene por un pagaré, el dinero está ahí.»

«Volveré», dije.

Desde el momento en que el portero tenía la suma, yo quería conocer a la joven; me figuraba que era bonita. Paso la mañana viendo los grabados expuestos en el bulevar; luego, al dar las doce, atravesaba el salón que precede a la habitación de la condesa.

—La señora me llama al instante —me dice la camarera—, no creo que esté visible.

—Esperaré —respondí sentándome en un sillón.

Las persianas se abren, la camarera acude y me dice:

—Entre, señor.

Por la dulzura de su voz, adiviné que su ama no debía estar en disposición de pagar. ¡Cuán hermosa era la mujer que vi entonces! Se había echado a toda prisa sobre sus hombros desnudos un chal de cachemira en el cual se envolvía tan bien que sus formas podían adivinarse en su desnudez. Vestía un peinador guarnecido de fruncidos blancos como la nieve y que anunciaba un gasto anual de unos dos mil francos en la lavandera de fino. Sus cabellos negros se escapaban en gruesos bucles de un bonito madrás negligentemente anudado sobre su cabeza a la manera de las criollas. Su cama ofrecía el cuadro de un desorden producido sin duda por un sueño agitado. Un pintor habría pagado por quedarse durante unos momentos en medio de esta escena. Bajo unos cortinajes

voluptuosamente sujetos, una almohada hundida sobre un edredón de seda azul, y cuyos adornos de encaje destacaban vivamente sobre ese fondo de azur, ofrecía la huella de formas indecisas que despertaban la imaginación. Sobre una ancha piel de oso, extendida a los pies de los leones cincelados en la caoba de la cama, brillaban dos zapatos de raso blanco, tirados con la incuria que causa la lasitud de un baile. Sobre una silla había un vestido arrugado cuyas mangas tocaban el suelo. Medias que el menor soplo de aire se habría llevado, estaban retorcidas en el pie de un sillón. Blancas ligas flotaban a lo largo de un sofá pequeño. Un abanico de valor, medio desplegado, relucía sobre la chimenea. Los cajones de la cómoda permanecían abiertos. Flores, diamantes, guantes, un ramo, un cinturón yacían aquí y allá. Yo respiraba un vago olor a perfumes. Todo era lujo y desorden, belleza sin armonía. Pero ya para ella o para su adorador, la miseria, agazapada allí debajo, alzaba la cabeza y les hacía sentir sus dientes afilados. La figura fatigada de la condesa se parecía a esa habitación sembrada de los restos de una fiesta. Esas baratijas dispersas me daban lástima; reunidas, habían causado la víspera algún delirio. Esos vestigios de un amor fulminado por el remordimiento, esa imagen de una vida de disipación, de lujo y de ruido, traicionaban esfuerzos de Tántalo por abrazar huidizos placeres. Algunas rojeces sembradas en el rostro de la joven mujer atestiguaban la finura de su piel, pero sus rasgos estaban como hinchados, y el círculo pardo que se dibujaba bajo sus ojos parecía estar más fuertemente marcado que de ordinario. Sin embargo, la naturaleza tenía bastante energía en ella para que esos indicios de locura no alterasen su belleza. Sus ojos centelleaban. Semejante a una de esas Herodías debidas al pincel de Leonardo da Vinci (he traficado con cuadros), estaba magnífica de vida y de fuerza; nada mezquino en sus contornos ni en sus rasgos; inspiraba el amor, y me parecía deber ser más fuerte que el amor. Me gustó. Hacía mucho tiempo que mi corazón no latía. ¡Estaba pues ya pagado! Daría mil francos por una sensación que me hiciera recordar mi juventud.

—Señor —me dijo ofreciéndome una silla—, ¿tendría la complacencia de esperar?

—Hasta mañana a mediodía, señora —respondí replegando el pagaré que le había presentado—, no tengo derecho a protestar hasta esa hora.

Luego, para mis adentros, me decía: «Paga tu lujo, paga tu nombre, paga tu felicidad, paga el monopolio del que gozas. Para garantizarse sus bienes, los ricos han inventado tribunales, jueces, y esa guillotina, especie de vela donde vienen a quemarse los ignorantes. Pero, para vosotros que dormís sobre la seda y bajo la seda, hay remordimientos, rechinar de dientes ocultos bajo una sonrisa, y fauces de leones fantásticos que os dan una dentellada en el corazón».

—¡Un protesto! ¿Piensa usted en ello? —exclamó ella mirándome—. ¡Tendría usted tan poca consideración por mí!

—Si el rey me debiera, señora, y no me pagase, le citarí a aún más prontamente que a cualquier otro deudor.

En ese momento oímos llamar suavemente a la puerta de la habitación.

—¡No estoy! —dijo imperiosamente la joven mujer.

—Anastasie, quisiera sin embargo verla.

—No en este momento, querido —respondió ella con una voz menos dura, pero no obstante sin dulzura.

—¡Qué broma! Usted habla con alguien —respondió entrando un hombre que no podía ser otro que el conde.

La condesa me miró, la comprendí, se convirtió en mi esclava. Hubo un tiempo, joven, en que habría sido quizás lo bastante tonto para no protestar. En 1763, en Pondicherry, perdoné a una mujer que me engañó lindamente. Lo merecía, ¿por qué me había fiado de ella?

—¿Qué quiere el señor? —me preguntó el conde.

Vi a la mujer temblando de pies a cabeza, la piel blanca y satinada de su cuello se volvió áspera, tenía, según un término familiar, la carne de gallina. Yo me reía, sin que ninguno de mis músculos se estremeciera.

—El señor es uno de mis proveedores —dijo ella.

El conde me dio la espalda, yo saqué el pagaré a medias fuera de mi bolsillo. Ante ese movimiento inexorable, la joven mujer vino hacia mí, me presentó un diamante:

—Tome —dijo ella—, y váyase.

Intercambiamos los dos valores, y salí saludándola. El diamante valía bien unos mil doscientos francos para mí. Encontré en el patio una nube de lacayos que cepillaban sus libreas, enceraban sus botas o limpiaban suntuosos carruajes.

«He ahí —me dije— lo que trae a esta gente a mi casa. He ahí lo que les empuja a robar decentemente millones, a traicionar a su patria. Para no ensuciarse yendo a pie, el gran señor, o el que lo imita, ise da de una vez un baño de lodo!»

En ese momento, la gran puerta se abrió, y dio paso al cabriolé del joven que me había presentado el pagaré.

—Señor —le dije cuando hubo bajado—, aquí tiene doscientos francos que le ruego devuelva a la señora condesa, y le hará observar que tendré a su disposición durante ocho días la prenda que me ha entregado esta mañana.

Él tomó los doscientos francos, y dejó escapar una sonrisa burlona, como si hubiera dicho: «¡Ah! Ella ha pagado. A fe mía, ¡tanto mejor!».

Leí en esa fisonomía el futuro de la condesa. Ese lindo señor rubio, frío, jugador sin alma, se arruinará, la arruinará, arruinará al marido, arruinará a los hijos, se comerá sus dotes, y causará más estragos a través de los salones que los que causaría una batería de obuses en un regimiento.

Me dirigí a la calle Montmartre, a casa de la señorita Fanny. Subí una pequeña escalera muy empinada. Llegado al quinto piso, fui introducido en un apartamento compuesto por dos habitaciones donde todo estaba limpio como un ducado nuevo. No percibí el menor rastro de polvo sobre los muebles de la primera pieza donde me recibió la señorita Fanny, joven parisina, vestida sencillamente: cabeza elegante y fresca, aire afable, cabellos castaños bien peinados, que, recogidos en dos arcos sobre las sienes, daban finura a unos ojos azules, puros como el cristal. La luz, pasando a través de pequeños visillos tendidos en los cristales, arrojaba un resplandor suave sobre su modesta figura. A su alrededor, numerosos trozos de tela cortados me denunciaron sus ocupaciones habituales, estaba deshaciendo ropa blanca. Estaba allí como el genio de la soledad. Cuando le presenté el pagaré, le dije que no la había encontrado por la mañana.

—Pero —dijo ella—, los fondos estaban en la portería.

Fingí no oír.

—¿La señorita sale temprano, por lo que parece?

—Rara vez estoy fuera de mi casa; pero cuando se trabaja de noche, hay que bañarse alguna vez.

La miré. De un vistazo, lo adiviné todo. Era una muchacha condenada al trabajo por la desgracia, y que pertenecía a alguna familia de honestos granjeros, pues tenía algunas de esas pecas particulares de las personas nacidas en el campo. No sé qué aire de virtud se respiraba en sus rasgos. Me pareció que habitaba una atmósfera de sinceridad, de candor, donde mis pulmones se refrescaban. ¡Pobre inocente! Creía en algo: su sencilla cama de madera pintada estaba coronada por un crucifijo adornado con dos ramas de boj. Fui casi conmovido. Me sentía dispuesto a ofrecerle dinero al doce por ciento solamente, con el fin de facilitarle la compra de algún buen establecimiento. «Pero —me dije—, tal vez tenga un primito que se haría con dinero con su firma, y estafaría a la pobre chica». Me fui pues, poniéndome en guardia contra mis

ideas generosas, pues a menudo he tenido la ocasión de observar que cuando la beneficencia no daña al benefactor, mata al obligado.

Cuando usted entró, yo pensaba que Fanny Malvaut sería una buena mujercita; oponía su vida pura y solitaria a la de esa condesa que, caída ya en la letra de cambio, iba a rodar hasta el fondo de los abismos del vicio!

—¡Pues bien! —reanudó tras un momento de profundo silencio durante el cual yo le examinaba—, ¿cree usted que no es nada penetrar así en los más secretos pliegues del corazón humano, desposar la vida de los otros, y verla al desnudo? Espectáculos siempre variados: llagas horrorosas, penas mortales, escenas de amor, miserias que las aguas del Sena esperan, alegrías de joven que llevan al cadalso, risas de desesperación y fiestas suntuosas. Ayer, una tragedia: algún buen hombre de padre que se asfixia porque ya no puede alimentar a sus hijos. Mañana, una comedia: un joven intentará representarme la escena del señor Domingo, con las variantes de nuestra época. Usted ha oído alabar la elocuencia de los últimos predicadores, yo he ido a veces a perder mi tiempo escuchándolos, me han hecho cambiar de opinión, pero de conducta, como decía no sé quién, jamás. ¡Pues bien!, esos buenos sacerdotes, su Mirabeau, Vergniaud y los otros no son más que tartamudos junto a mis oradores. A menudo una joven enamorada, un viejo comerciante al borde de su quiebra, una madre que quiere ocultar la falta de su hijo, un artista sin pan, un grande en el declive del favor, y que, a falta de dinero, va a perder el fruto de sus esfuerzos, me han hecho estremecer por la potencia de su palabra. Esos sublimes actores actuaban para mí solo, y sin poder engañarme. Mi mirada es como la de Dios, veo en los corazones. Nada se me oculta. No se rehúsa nada a quien ata y desata los cordones de la bolsa. Soy lo bastante rico para comprar las conciencias de los que hacen mover a los ministros, desde sus chicos de oficina hasta sus amantes: ¿no es eso el Poder? Puedo tener a las mujeres más bellas y sus más tiernas caricias, ¿no es eso el Placer? ¿El Poder y el Placer no resumen todo vuestro orden social? Somos en París una decena así, todos reyes silenciosos y desconocidos, los

árbitros de vuestros destinos. ¿No es la vida una máquina a la cual el dinero imprime el movimiento? Sépanlo, los medios se confunden siempre con los resultados: nunca llegarán a separar el alma de los sentidos, el espíritu de la materia. El oro es el espiritualismo de vuestras sociedades actuales. Ligados por el mismo interés, nos reunimos ciertos días de la semana en el café Themis, cerca del Pont-Neuf. Allí, nos revelamos los misterios de las finanzas. Ninguna fortuna puede mentirnos, poseemos los secretos de todas las familias. Tenemos una especie de libro negro donde se inscriben las notas más importantes sobre el crédito público, sobre el Banco, sobre el Comercio. Casuistas de la Bolsa, formamos un Santo Oficio donde se juzgan y se analizan las acciones más indiferentes de toda la gente que posee una fortuna cualquiera, y adivinamos siempre la verdad. Este vigila la masa judicial, aquel la masa financiera; uno la masa administrativa, otro la masa comercial. Yo tengo el ojo sobre los hijos de familia, los artistas, la gente de mundo, y sobre los jugadores, la parte más emocionante de París. Cada uno nos cuenta los secretos del vecino. Las pasiones engañadas, las vanidades ofendidas son charlatanas. Los vicios, las decepciones, las venganzas son los mejores agentes de policía. Como yo, todos mis colegas han gozado de todo, se han saciado de todo, y han llegado a no amar el poder y el dinero más que por el poder y el dinero mismos.

»¡Aquí —dijo mostrándome su habitación desnuda y fría—, el amante más fogoso que se irrita en otra parte por una palabra y saca la espada por una frase, ruega con las manos juntas! ¡Aquí el comerciante más orgulloso, aquí la mujer más vanidosa de su belleza, aquí el militar más fiero ruegan todos, con la lágrima en el ojo o de rabia o de dolor! Aquí ruegan el artista más célebre y el escritor cuyos nombres están prometidos a la posteridad. ¡Aquí, en fin —añadió llevándose la mano a la frente—, se encuentra una balanza en la cual se pesan las sucesiones y los intereses de París entero! ¿Cree usted ahora que no hay goces bajo esta máscara blanca cuya inmovilidad le ha asombrado tan a menudo? —dijo tendiéndome su rostro pálido que olía a dinero.

Regresé a mi casa estupefacto. Ese viejecillo seco se había agigantado. Se había cambiado a mis ojos en una imagen fantástica donde se personificaba el poder del oro. La vida, los hombres me horrorizaban.

«¿Todo debe pues resolverse por el dinero?», me preguntaba.

Recuerdo no haberme dormido hasta muy tarde. Veía montones de oro a mi alrededor. La bella condesa me ocupó. Confesaré para mi vergüenza que ella eclipsaba completamente la imagen de la sencilla y casta criatura dedicada al trabajo y a la oscuridad; pero a la mañana siguiente, a través de las brumas de mi despertar, la dulce Fanny se me apareció en toda su belleza, y ya no pensé más que en ella.

—¿Quiere un vaso de agua azucarada? —dijo la vizcondesa interrumpiendo a Derville.

—Con mucho gusto —respondió él.

—Pero no veo ahí nada que pueda concernirnos —dijo la señora de Grandlieu tocando la campanilla.

—¡Sardanápalo! —exclamó Derville soltando su juramento—, voy a despertar a la señorita Camille diciéndole que su felicidad dependía hace poco de Papá Gobseck; pero como el buen hombre murió a la edad de ochenta y nueve años, el señor de Restaud entrará pronto en posesión de una bella fortuna. Esto requiere explicaciones. En cuanto a Fanny Malvaut, ya la conoce, ¡es mi mujer!

—El pobre muchacho —replicó la vizcondesa— confesaría eso ante veinte personas con su franqueza ordinaria.

—Lo gritaría ante el universo entero —dijo el procurador.

—Beba, beba, mi pobre Derville. Usted no será nunca nada más que el más feliz y el mejor de los hombres.

—Le dejé en la calle del Helder, en casa de una condesa —exclamó el tío levantando su cabeza ligeramente adormecida—. ¿Qué hizo usted con ella?

—Algunos días después de la conversación que había tenido con el viejo holandés, defendí mi tesis —reanudó Derville—. Fui recibido licenciado en Derecho, y luego abogado. La confianza que el viejo avaro tenía en mí aumentó mucho. Me consultaba gratuitamente sobre los asuntos espinosos en los que se embarcaba según datos seguros, y que hubieran parecido malos a todos los picapleitos. Este hombre, sobre el cual nadie habría podido tomar el menor imperio, escuchaba mis consejos con una especie de respeto. Es cierto que siempre le salían muy bien. Finalmente, el día en que fui nombrado oficial mayor del despacho donde trabajaba desde hacía tres años, dejé la casa de la calle de los Grès y me fui a vivir a casa de mi patrón, que me dio la mesa, el alojamiento y ciento cincuenta francos al mes. ¡Fue un hermoso día! Cuando me despedí del usurero, no me demostró ni amistad ni disgusto, no me invitó a ir a verle; solamente me lanzó una de esas miradas que, en él, parecían en cierto modo traicionar el don de la segunda visión. Al cabo de ocho días, recibí la visita de mi antiguo vecino; me traía un asunto bastante difícil, una expropiación; continuó sus consultas gratuitas con tanta libertad como si me pagara. Al final del segundo año, de 1818 a 1819, mi patrón, hombre de placer y muy gastador, se encontró en un apuro considerable y se vio obligado a vender su cargo. Aunque en ese momento los Despachos no hubiesen adquirido el valor exorbitante al que han subido hoy, mi patrón daba el suyo pidiendo solamente ciento cincuenta mil francos. Un hombre activo, instruido e inteligente podía vivir honorablemente, pagar los intereses de esta suma y liberarse en diez años por poco que inspirara confianza. Yo, el séptimo hijo de un pequeño burgués de Noyon, no poseía un óbolo, y no conocía en el mundo a otro capitalista que a Papá Gobseck. Un pensamiento ambicioso, y no sé qué destello de esperanza, me prestaron el valor de ir a buscarle. Una noche, pues, caminé lentamente hasta la calle de los Grès. El corazón me latía muy fuertemente cuando llamé a la sombría casa. Recordaba todo lo que me había dicho antaño el viejo avaro en un tiempo en que yo estaba muy lejos de sospechar la violencia de las angustias que comenzaban en el umbral de esa puerta. Iba, pues, a rogarle como tantos otros. «¡Pues bien, no! —me dije—, un hombre

honesto debe guardar su dignidad en todas partes. La fortuna no vale una cobardía; mostrémonos positivos tanto como él». Desde mi partida, Papá Gobseck había alquilado mi habitación para no tener vecino; también había hecho colocar una pequeña mirilla enrejada en medio de su puerta, y no me abrió hasta después de haber reconocido mi figura.

—¡Pues bien! —me dijo con su vocecita aflautada—, su patrón vende su Despacho.

—¿Cómo sabe usted eso? Aún no ha hablado de ello más que conmigo.

Los labios del anciano se estiraron hacia las comisuras de su boca absolutamente como cortinas, y esta sonrisa muda fue acompañada de una mirada fría.

—Hacía falta eso para que yo le viera en mi casa —añadió con un tono seco y tras una pausa durante la cual permanecí confundido.

—Escúcheme, señor Gobseck —respondí con tanta calma como pude afectar ante aquel anciano que fijaba en mí unos ojos impasibles cuyo fuego claro me turbaba. Hizo un gesto como para decirme: «Hable».

—Sé que es muy difícil conmovederle. Por eso no perderé mi elocuencia intentando pintarle la situación de un pasante sin un céntimo, que no espera más que en usted, y no tiene en el mundo otro corazón que el suyo en el cual pueda encontrar la comprensión de su futuro. Dejemos el corazón. Los negocios se hacen como negocios, y no como novelas, con sensiblería. He aquí el hecho. El despacho de mi patrón reporta anualmente en sus manos una veintena de miles de francos; pero yo creo que en las mías valdrá cuarenta. Él quiere venderlo por cincuenta mil escudos. Siento aquí —dije golpeándome la frente— que si usted pudiera prestarme la suma necesaria para esta adquisición, yo estaría liberado en diez años.

—Eso es hablar —respondió Papá Gobseck, que me tendió la mano y estrechó la mía—. Jamás, desde que estoy en los negocios

—reanudó—, nadie me ha deducido más claramente los motivos de su visita. ¿Garantías? —dijo midiéndome de la cabeza a los pies—. Nada —añadió tras una pausa—. ¿Qué edad tiene?

—Veinticinco años dentro de diez días —respondí—; sin eso, no podría tratar.

—¡Justo!

—¿Pues bien?

—Posible.

—A fe mía, hay que ir rápido, sin eso tendré pujadores.

—Tráigame mañana por la mañana su partida de nacimiento y hablaremos de su asunto: pensaré en ello.

Al día siguiente, a las ocho, yo estaba en casa del anciano. Tomó el papel oficial, se puso las gafas, tosió, escupió, se envolvió en su hopalanda negra y leyó el extracto de los registros del ayuntamiento por entero. Luego lo giró, lo volvió a girar, me miró, volvió a toser, se agitó en su silla y me dijo:

—Es un asunto que vamos a tratar de arreglar.

Me estremecí.

—Yo saco el cincuenta por ciento de mis fondos —reanudó—, a veces cien, doscientos, quinientos por ciento.

A estas palabras palidecí.

—Pero, en favor de nuestro conocimiento, me contentaré con el doce y medio por ciento de interés por... —Vaciló—. ¡Pues bien, sí!, por usted me contentaré con el trece por ciento anual. ¿Le va eso?

—Sí —respondí.

—Pero si es demasiado —replicó—, ¡defiéndase, Grotius!

Me llamaba Grotius bromeando.

—Al pedirle el trece por ciento, hago mi oficio; vea si puede pagarlos. No me gusta un hombre que acepta todo. ¿Es demasiado?

—No —dije—, saldaré la cuenta tomándome un poco más de trabajo.

—¡Diantre! —dijo lanzándome su maliciosa mirada oblicua—, sus clientes pagarán.

—No, por todos los diablos —exclamé—, seré yo. ¡Me cortaré la mano antes que despellejar al mundo!

—Buenas noches —me dijo Papá Gobseck.

—Pero los honorarios están tasados —repliqué.

—No lo están —repuso él— para las transacciones, para las moratorias, para las conciliaciones. Puede usted entonces cobrar mil francos, seis mil francos incluso, según la importancia de los intereses, por sus conferencias, sus viajes, sus borradores de actas, sus memorias y su verborrea. Hay que saber buscar esa clase de asuntos. Yo le recomendaré como el más sabio y el más hábil de los procuradores, le enviaré tantos pleitos de ese género, que hará reventar a sus colegas de celos. Werbrust, Palma, Gigonnet, mis colegas, le darán sus expropiaciones; ¡y Dios sabe si tienen! Tendrá así dos clientelas, la que usted compra y la que yo le haré. Casi debería darme el quince por ciento de mis ciento cincuenta mil francos.

—Sea, pero no más —dije con la firmeza de un hombre que no quería conceder nada más allá.

Papá Gobseck se suavizó y pareció contento conmigo.

—Pagaré yo mismo —reanudó— el cargo a su patrón, de manera que me establezca un privilegio bien sólido sobre el precio y la fianza.

—¡Oh! Todo lo que usted quiera para las garantías.

—Luego, usted me representará el valor en quince letras de cambio aceptadas en blanco, cada una por una suma de diez mil francos.

—Siempre que este doble valor sea constatado.

—No —exclamó Gobseck interrumpiéndome—. ¿Por qué quiere usted que yo tenga más confianza en usted que la que usted tiene en mí?

Guardé silencio.

—Y además usted hará —dijo continuando con un tono de bonhomía— mis negocios sin exigir honorarios mientras yo viva, ¿verdad?

—Sea, siempre que no haya anticipos de fondos.

—¡Justo! —dijo—. Ah, oiga —reanudó el anciano cuya cara tenía dificultades para tomar un aire de bonhomía—, ¿me permitirá ir a verle?

—Siempre me dará usted una alegría.

—Sí, pero por la mañana será muy difícil. Usted tendrá sus asuntos y yo tengo los míos.

—Venga por la noche.

—¡Oh, no! —respondió vivamente—, usted debe ir a reuniones sociales, ver a sus clientes. Yo tengo mis amigos, en mi café.

«¡Sus amigos!», pensé.

—¡Pues bien! —dije—, ¿por qué no tomar la hora de la cena?

—Eso es —dijo Gobseck—. Después de la Bolsa, a las cinco. ¡Pues bien!, me verá todos los miércoles y los sábados. Hablaremos de nuestros negocios como un par de amigos. ¡Ah, ah! Soy alegre a veces. Deme un ala de perdiz y una copa de vino de Champaña, charlaremos. Sé muchas cosas que hoy se pueden decir, y que le enseñarán a conocer a los hombres y sobre todo a las mujeres.

—Vada por la perdiz y la copa de vino de Champaña.

—No haga locuras, de lo contrario perdería mi confianza. No tome un gran tren de vida. Tenga una vieja sirvienta, una sola. Iré a visitarle para asegurarme de su salud. Tendré un capital colocado

sobre su cabeza, ¡je, je!, debo informarme de sus negocios. Vamos, venga esta noche con su patrón.

—¿Podría decirme, si no hay indiscreción en preguntarlo —dije al viejecillo cuando alcanzamos el umbral de la puerta—, de qué importancia era mi partida de bautismo en este asunto?

Jean-Esther Van Gobseck se encogió de hombros, sonrió maliciosamente y me respondió:

—¡Cuán tonta es la juventud! Sepa pues, señor procurador, pues es necesario que lo sepa para no dejarse atrapar, que antes de los treinta años la probidad y el talento son todavía especies de hipotecas. Pasada esa edad, ya no se puede contar con un hombre.

Y cerró su puerta.

Tres meses después, yo era procurador. Pronto tuve la suerte, señora, de poder emprender los asuntos concernientes a la restitución de sus propiedades. Ganar esos pleitos me dio a conocer. A pesar de los intereses enormes que tenía que pagar a Gobseck, en menos de cinco años me encontré libre de compromisos. Me casé con Fanny Malvaut, a quien amaba sinceramente. La conformidad de nuestros destinos, de nuestros trabajos, de nuestros éxitos aumentaba la fuerza de nuestros sentimientos. Uno de sus tíos, granjero enriquecido, había muerto dejándole setenta mil francos que me ayudaron a saldar mi deuda. Desde ese día, mi vida no fue más que felicidad y prosperidad. No hablemos más de mí, nada es tan insoportable como un hombre feliz. Volvamos a nuestros personajes. Un año después de la adquisición de mi despacho, fui arrastrado, casi a mi pesar, a un almuerzo de solteros. Esta comida era la consecuencia de una apuesta perdida por uno de mis camaradas contra un joven entonces muy en boga en el mundo elegante. El señor de Trailles, la flor del dandismo de aquel tiempo, gozaba de una inmensa reputación...

—Pero goza de ella todavía —dijo el conde interrumpiendo al procurador—. Nadie lleva mejor una casaca, nadie conduce un tándem mejor que él. Maxime tiene el talento de jugar, de comer y

de beber con más gracia que cualquiera en el mundo. Entiende de caballos, de sombreros, de cuadros. Todas las mujeres se vuelven locas por él. Gasta siempre alrededor de cien mil francos al año sin que se le conozca una sola propiedad, ni un solo cupón de renta. Tipo de la caballería errante de nuestros salones, de nuestros tocadores, de nuestros bulevares, especie anfibia que tiene tanto del hombre como de la mujer, el conde Maxime de Trailles es un ser singular, bueno para todo y apto para nada, temido y despreciado, sabiendo e ignorando todo, tan capaz de cometer un beneficio como de resolver un crimen, tan pronto cobarde y tan pronto noble, más bien cubierto de lodo que manchado de sangre, teniendo más preocupaciones que remordimientos, más ocupado en digerir bien que en pensar, fingiendo pasiones y no sintiendo nada. Anillo brillante que podría unir el Presidio con la alta sociedad, Maxime de Trailles es un hombre que pertenece a esa clase eminentemente inteligente de donde se lanzan a veces un Mirabeau, un Pitt, un Richelieu, pero que lo más a menudo suministra condes de Horn, Fouquier-Tinville y Coignards.

—¡Pues bien! —reanudó Derville después de haber escuchado al conde—, yo había oído hablar mucho de este personaje a ese pobre tío Goriot, uno de mis clientes, pero había evitado ya varias veces el peligroso honor de conocerle cuando me lo encontraba en reuniones sociales. Sin embargo, mi camarada me insistió tanto para conseguir que fuera a su almuerzo, que no podía dispensarme de ello sin ser tachado de mojigatería. Le sería difícil concebir un almuerzo de solteros, señora. Es una magnificencia y un refinamiento raros, el lujo de un avaro que por vanidad se vuelve fastuoso por un día. Al entrar, uno se sorprende del orden que reina en una mesa deslumbrante de plata, de cristales, de ropa adamascada. La vida está allí en su flor: los jóvenes son graciosos, sonrían, hablan bajo y se parecen a jóvenes recién casadas; a su alrededor todo es virgen. Dos horas después, diría usted que es un campo de batalla tras el combate: por todas partes vasos rotos, servilletas pisoteadas, arrugadas; manjares empezados que repugnan a la vista; luego, hay gritos para romper la cabeza, brindis jocosos, un fuego de epigramas

y de malas bromas, rostros encendidos, ojos inflamados que ya no dicen nada, confidencias involuntarias que lo dicen todo. En medio de un alboroto infernal, unos rompen botellas, otros entonan canciones; se lanzan desafíos, se abrazan o se pelean; se eleva un perfume detestable compuesto de cien olores y gritos compuestos de cien voces; nadie sabe ya lo que come, lo que bebe, ni lo que dice; unos están tristes, los otros parlotean; este es monómano y repite la misma palabra como una campana que se ha puesto en movimiento; aquel quiere mandar sobre el tumulto; el más sensato propone una orgía. Si algún hombre de sangre fría entrara, se creería en alguna bacanal. Fue en medio de un tumulto semejante, donde el señor de Trailles intentó insinuarse en mi favor. Yo había conservado más o menos mi razón, estaba en guardia. En cuanto a él, aunque afectaba estar decentemente ebrio, estaba lleno de sangre fría y pensaba en sus negocios. En efecto, no sé cómo ocurrió, pero al salir de los salones de Grignon, sobre las nueve de la noche, me había embrujado enteramente, le había prometido llevarle al día siguiente a casa de nuestro Papá Gobseck. Las palabras: honor, virtud, condesa, mujer honesta, desgracia, se habían, gracias a su lengua dorada, colocado como por magia en sus discursos. Cuando me desperté a la mañana siguiente, y quise recordar lo que había hecho la víspera, tuve mucha dificultad para ligar algunas ideas. Finalmente, me pareció que la hija de uno de mis clientes estaba en peligro de perder su reputación, la estima y el amor de su marido, si no encontraba una cincuentena de miles de francos en la mañana. Había deudas de juego, facturas de carroceros, dinero perdido no sé en qué. Mi prestigioso comensal me había asegurado que ella era lo bastante rica para reparar con algunos años de economía el descalabro que iba a causar a su fortuna. Solamente entonces empecé a adivinar la causa de las insistencias de mi camarada. Confieso, para mi vergüenza, que no sospechaba en absoluto la importancia que tenía para Papá Gobseck reconciliarse con este dandi. En el momento en que me levantaba, entró el señor de Trailles.

—Señor conde —le dije después de dirigirnos los cumplidos de uso —, no veo que tenga necesidad de mí para presentarse en casa de Van Gobseck, el más cortés, el más anodino de todos los capitalistas. Él le dará dinero si lo tiene, o más bien si usted le presenta garantías suficientes.

—Señor —me respondió—, no entra en mi pensamiento forzarle a hacerme un servicio, aun cuando me lo hubiera prometido.

«¡Sardanápalo! —me dije a mí mismo—, ¿dejaré creer a este hombre que faltó a mi palabra?».

—Tuve el honor de decirle ayer que me había peleado muy inoportunamente con Papá Gobseck —dijo continuando—. Ahora bien, como no hay casi más que él en París que pueda escupir en un momento, y al día siguiente de un fin de mes, un centenar de miles de francos, le había rogado que hiciera mis paces con él. Pero no hablemos más de ello...

El señor de Trailles me miró con un aire educadamente insultante y se disponía a irse.

—Estoy listo para conducirle —le dije.

Cuando llegamos a la calle de los Grès, el dandi miraba a su alrededor con una atención y una inquietud que me asombraron. Su rostro se ponía lívido, enrojecía, amarilleaba alternativamente, y algunas gotas de sudor aparecieron en su frente cuando divisó la puerta de la casa de Gobseck. En el momento en que bajamos del cabriolé, un simón entró en la calle de los Grès. El ojo de halcón del joven le permitió distinguir a una mujer en el fondo de ese coche. Una expresión de alegría casi salvaje animó su cara, llamó a un chiquillo que pasaba y le dio su caballo para que lo sostuviera. Subimos a casa del viejo descontento.

—Señor Gobseck —le dije—, le traigo a uno de mis más íntimos amigos (de quien desconfío tanto como del diablo —añadí al oído del anciano—). Por consideración a mí, le devolverá usted su favor (al tipo ordinario), y le sacaré de apuros (si le conviene a usted).

El señor de Trailles se inclinó ante el usurero, se sentó, y tomó para escucharle una de esas actitudes cortesananas cuya graciosa bajeza le hubiera seducido a usted; pero mi Gobseck permaneció en su silla, al rincón de su fuego, inmóvil, impasible. Gobseck se parecía a la estatua de Voltaire vista por la noche bajo el peristilo del Teatro Francés; levantó ligeramente, como para saludar, la gorra gastada con la que se cubría la cabeza, y el poco de cráneo amarillo que mostró completaba su parecido con el mármol.

—No tengo dinero más que para mis clientes —dijo.

—¿Está usted entonces muy enfadado porque haya ido a arruinarme a otro sitio que no sea su casa? —respondió el conde riendo.

—¡Arruinar! —repuso Gobseck con un tono de ironía.

—¿Va usted a decir que no se puede arruinar a un hombre que no posee nada? Pero le desafío a encontrar en París un capital más bello que este —exclamó el *fashionable* levantándose y girando sobre sus talones.

Esta bufonada casi seria no tuvo el don de conmover a Gobseck.

—¿No soy el amigo íntimo de los Ronquerolles, de los de Marsay, de los Franchessini, de los dos Vandenesse, de los Ajuda-Pinto, en fin, de todos los jóvenes más de moda en París? Soy en el juego el aliado de un príncipe y de un embajador que usted conoce. Tengo mis rentas en Londres, en Karlsbad, en Baden, en Bath. ¿No es la más brillante de las industrias?

—Verdad.

—¡Hacen ustedes de mí una esponja, diantre, y me animan a hincharme en medio del mundo, para exprimirme en los momentos de crisis; pero ustedes son también esponjas, y la muerte les exprimirá!

—Posible.

—Sin los disipadores, ¿qué sería de ustedes? Somos nosotros dos el alma y el cuerpo.

—Justo.

—Vamos, un apretón de manos, mi viejo Papá Gobseck, y magnanimidad, si eso es verdad, justo y posible.

—Viene usted a mí —respondió fríamente el usurero—, porque Girard, Palma, Werbrust y Gigonnet tienen el vientre lleno de sus letras de cambio, que ofrecen por todas partes al cincuenta por ciento de pérdida; ahora bien, como probablemente no han suministrado más que la mitad del valor, no valen ni veinticinco. ¡Servidor! ¿Puedo decentemente —dijo Gobseck continuando— prestar un solo óbolo a un hombre que debe treinta mil francos y no posee un denario? Usted perdió diez mil francos anteayer en el baile en casa del barón de Nucingen.

—Señor —respondió el conde con una rara impudencia midiendo al anciano—, mis asuntos no le conciernen. Quien tiene plazo, no debe nada.

—¡Verdad!

—Mis letras de cambio serán pagadas.

—¡Posible!

—Y en este momento, la cuestión entre nosotros se reduce a saber si le presento garantías suficientes para la suma que vengo a pedirle prestada.

—Justo.

El ruido que hacía el simón al detenerse en la puerta resonó en la habitación.

—Voy a ir a buscar algo que tal vez le satisfaga —exclamó el joven.

—¡Oh hijo mío! —exclamó Gobseck levantándose y tendiéndome los brazos, cuando el prestatario hubo desaparecido—, si tiene buenas prendas, ¡me salvas la vida! Me habría muerto de ello.

Werbrust y Gigonnet creyeron gastarme una broma. Gracias a ti, voy a reírme bien esta noche a su costa.

La alegría del anciano tenía algo de aterrador. Fue el único momento de expansión que tuvo conmigo. A pesar de la rapidez de esa alegría, nunca saldrá de mi recuerdo.

—Hágame el placer de quedarse aquí —añadió—. Aunque estoy armado, seguro de mi puntería, como un hombre que antaño ha cazado al tigre, y ha jugado su partida sobre una cubierta cuando había que vencer o morir, desconfío de ese elegante bribón.

Fue a sentarse de nuevo en un sillón, ante su escritorio. Su cara se volvió blanquecina y tranquila.

—¡Oh, oh! —reanudó volviéndose hacia mí—, va usted a ver sin duda a la bella criatura de quien le hablé antaño, oigo en el pasillo un paso aristocrático.

En efecto, el joven volvió dando la mano a una mujer en quien reconocí a esa condesa cuyo despertar me había sido descrito en otro tiempo por Gobseck, una de las dos hijas del tío Goriot. La condesa no me vio al principio, yo me mantenía en la embrasure de la ventana, con el rostro pegado al cristal. Al entrar en la habitación húmeda y sombría del usurero, lanzó una mirada de desconfianza sobre Maxime. Estaba tan hermosa que, a pesar de sus faltas, la compadecí. Alguna terrible angustia agitaba su corazón, sus rasgos nobles y fieros tenían una expresión convulsiva, mal disimulada. Ese joven se había convertido para ella en un mal genio. Admiré a Gobseck, que, cuatro años antes, había comprendido el destino de estos dos seres en una primera letra de cambio. «Probablemente —me dije—, este monstruo con rostro de ángel la gobierna por todos los resortes posibles: la vanidad, los celos, el placer, el arrastre del mundo».

—Pero —exclamó la vizcondesa—, las virtudes mismas de esta mujer han sido para él armas, le ha hecho derramar lágrimas de abnegación, ha sabido exaltar en ella la generosidad natural a

nuestro sexo, y ha abusado de su ternura para venderle muy caros unos placeres criminales.

—Se lo confieso —dijo Derville, que no comprendió las señas que le hizo la señora de Grandlieu—, no lloré sobre la suerte de esta desgraciada criatura, tan brillante a los ojos del mundo y tan espantosa para quien leía en su corazón; no, me estremecía de horror contemplando a su asesino, ese joven cuya frente era tan pura, la boca tan fresca, la sonrisa tan graciosa, los dientes tan blancos, y que se parecía a un ángel. Estaban en ese momento ambos ante su juez, que los examinaba como un viejo dominico del siglo dieciséis debía espiar las torturas de dos moros, en el fondo de los subterráneos del Santo Oficio.

—Señor, ¿existe un medio de obtener el precio de los diamantes que aquí traigo, pero reservándome el derecho de recomprarlos? —dijo ella con una voz temblorosa tendiéndole un estuche.

—Sí, señora —respondí interviniendo y mostrándome.

Ella me miró, me reconoció, dejó escapar un escalofrío, y me lanzó esa mirada que significa en todo país: «¡Cállese!».

—Esto —dije continuando— constituye un acto que llamamos venta con pacto de retroventa, convención que consiste en ceder y transportar una propiedad mobiliaria o inmobiliaria por un tiempo determinado, a la expiración del cual se puede recuperar el objeto en litigio, mediante una suma fijada.

Ella respiró más fácilmente. El conde Maxime frunció el ceño, sospechaba bien que el usurero daría entonces una suma más baja por los diamantes, valor sujeto a bajas. Gobseck, inmóvil, había cogido su lupa y contemplaba silenciosamente el estuche. Aunque viviera cien años, no olvidaría el cuadro que nos ofreció su figura. Sus mejillas pálidas se habían coloreado, sus ojos, donde los centelleos de las piedras parecían repetirse, brillaban con un fuego sobrenatural. Se levantó, fue hacia la luz, sostuvo los diamantes cerca de su boca desdentada, como si hubiera querido devorarlos. Mascullaba vagas palabras, levantando sucesivamente las pulseras,

los pendientes de girándula, los collares, las diademas, que presentaba a la luz para juzgar su agua, la blancura, la talla; los sacaba del estuche, los volvía a poner, los volvía a tomar, los hacía jugar pidiéndoles todos sus fuegos, más niño que anciano, o más bien niño y anciano todo junto.

—¡Bellos diamantes! Eso habría valido trescientos mil francos antes de la revolución. ¡Qué agua! ¡He aquí verdaderos diamantes de Asia venidos de Golconda o de Visapur! ¿Conocen su precio? No, no, Gobseck es el único en París que sabe apreciarlos. Bajo el imperio habría hecho falta aún más de doscientos mil francos para hacer un aderezo semejante.

Hizo un gesto de disgusto y añadió:

—Ahora el diamante pierde todos los días, Brasil nos abruma con ellos desde la paz, y arroja sobre las plazas diamantes menos blancos que los de la India. Las mujeres ya no los llevan más que en la corte. ¿La señora va a ella?

Mientras lanzaba estas terribles palabras, examinaba con una alegría indecible las piedras una tras otra:

—Sin mancha —decía—. Aquí hay una mancha. Aquí una paja. Bello diamante.

Su rostro pálido estaba tan bien iluminado por los fuegos de aquellas pedrerías, que yo lo comparaba a esos viejos espejos verdosos que se encuentran en las posadas de provincia, que aceptan los reflejos luminosos sin repetirlos y dan la figura de un hombre cayendo en apoplejía al viajero lo bastante atrevido para mirarse en ellos.

—¿Pues bien? —dijo el conde golpeando en el hombro de Gobseck.

El viejo niño se estremeció. Dejó sus juguetes, los puso sobre su escritorio, se sentó y volvió a ser usurero, duro, frío y cortés como una columna de mármol:

—¿Cuánto les hace falta?

—Cien mil francos, por tres años —dijo el conde.

—¡Posible! —dijo Gobseck sacando de una caja de caoba unas balanzas inestimables por su exactitud, isu estuche a él!

Pesó las piedras evaluando a ojo de buen cubero (iy Dios sabe cómo!) el peso de las monturas. Durante esta operación, la cara del descontento luchaba entre la alegría y la severidad. La condesa estaba sumida en un estupor que yo le tenía en cuenta; me pareció que medía la profundidad del precipicio donde caía. Había todavía remordimientos en esa alma de mujer, no hacía falta tal vez más que un esfuerzo, una mano caritativamente tendida para salvarla; yo lo intenté.

—¿Estos diamantes son suyos, señora? —le pregunté con una voz clara.

—Sí, señor —respondió ella lanzándome una mirada de orgullo.

—¡Haga la retroventa, charlatán! —me dijo Gobseck levantándose y señalándome su sitio en el escritorio.

—¿La señora está sin duda casada? —pregunté de nuevo.

Ella inclinó vivamente la cabeza.

—No haré el acta —exclamé.

—¿Y por qué? —dijo Gobseck.

—¿Por qué? —repuso llevando al anciano al hueco de la ventana para hablarle en voz baja—. Estando esta mujer bajo potestad marital, la retroventa será nula, usted no podría oponer su ignorancia de un hecho constatado por el acta misma. Estaría pues obligado a presentar los diamantes que van a serle depositados, y cuyo peso, valores o talla serán descritos.

Gobseck me interrumpió con un signo de cabeza, y se volvió hacia los dos culpables:

—Tiene razón —dijo—. Todo ha cambiado. ¡Ochenta mil francos al contado, y me dejarán los diamantes! —añadió con una voz sorda y aflautada—. En materia de muebles, la posesión vale título.

—Pero —replicó el joven.

—Lo toma o lo deja —reanudó Gobseck devolviendo el estuche a la condesa—, tengo demasiados riesgos que correr.

—Haría mejor en arrojarse a los pies de su marido —le dije al oído inclinándome hacia ella.

El usurero comprendió sin duda mis palabras por el movimiento de mis labios, y me lanzó una mirada fría. La cara del joven se puso lívida. La vacilación de la condesa era palpable. El conde se acercó a ella, y aunque hablaba muy bajo, oí:

—¡Adiós, querida Anastasie, sé feliz! En cuanto a mí, mañana ya no tendré preocupaciones.

—Señor —exclamó la joven mujer dirigiéndose a Gobseck—, acepto sus ofertas.

—¡Vamos, pues! —respondió el anciano—, es usted bien difícil de confesar, mi bella dama.

Firmó un bono de cincuenta mil francos sobre el Banco, y se lo entregó a la condesa.

—Ahora —dijo con una sonrisa que se parecía bastante a la de Voltaire—, voy a completarle su suma con treinta mil francos de letras de cambio cuya bondad no me será discutida. Es oro en barras. El señor acaba de decirme: «Mis letras de cambio serán pagadas» —añadió presentando unos giros suscritos por el conde, todos protestados la víspera a requerimiento de aquel de sus colegas que probablemente se los había vendido a bajo precio.

El joven lanzó un rugido en medio del cual dominó la palabra:

—¡Viejo bribón!

Papá Gobseck no pestañeó, sacó de una carpeta su par de pistolas, y dijo fríamente:

—En mi calidad de insultado, dispararé el primero.

—Maxime, debe excusar al señor —exclamó dulcemente la temblorosa condesa.

—No he tenido la intención de ofenderle —dijo el joven balbuciendo.

—Lo sé bien —respondió tranquilamente Gobseck—, su intención era solamente no pagar sus letras de cambio.

La condesa se levantó, saludó y desapareció presa sin duda de un profundo horror. El señor de Trailles se vio forzado a seguirla; pero antes de salir:

—Si se les escapa una indiscreción, señores —dijo—, tendré su sangre o tendrán la mía.

—Amén —le respondió Gobseck guardando sus pistolas—. Para jugarse la sangre, hay que tenerla, pequeño mío, y tú no tienes más que lodo en las venas.

Cuando la puerta estuvo cerrada y los dos carruajes partieron, Gobseck se levantó, se puso a bailar repitiendo:

—¡Tengo los diamantes! ¡Tengo los diamantes! ¡Los bellos diamantes, qué diamantes! Y baratos. ¡Ah, ah! Wertrust y Gigonnet, ¡habéis creído atrapar al viejo Papá Gobseck! *Ego sum papa!* ¡Soy vuestro amo a todos! ¡Íntegramente pagado! ¡Qué tontos se sentirán esta noche cuando les cuente el asunto, entre dos partidas de dominó!

Esta alegría sombría, esta ferocidad de salvaje, excitadas por la posesión de algunos guijarros blancos, me hicieron estremecer. Yo estaba mudo y estupefacto.

—¡Ah, ah! Ahí estás, muchacho —dijo—. Cenaremos juntos. Nos divertiremos en tu casa, yo no tengo servicio. Todos esos restauradores, con sus caldos, sus salsas, sus vinos, envenenarían al diablo.

La expresión de mi rostro le devolvió súbitamente su fría impassibilidad.

—No concibe usted esto —me dijo sentándose al rincón de su hogar donde puso su cazo de hojalata lleno de leche sobre el infiernillo.

—¿Quiere desayunar conmigo? —reanudó—, tal vez habrá bastante para dos.

—Gracias —respondí—, no desayuno hasta el mediodía.

En ese momento unos pasos precipitados resonaron en el pasillo. El desconocido que llegaba se detuvo en el descansillo de Gobseck, y dio varios golpes que tuvieron un carácter de furor. El usurero fue a reconocer por la mirilla, y abrió a un hombre de unos treinta y cinco años, que sin duda le pareció inofensivo, a pesar de esa cólera. El recién llegado, sencillamente vestido, se parecía al difunto duque de Richelieu: era el conde que debió usted encontrar y que tenía, pásame esta expresión, el porte aristocrático de los hombres de Estado de su barrio.

—Señor —dijo, dirigiéndose a Gobseck, que había vuelto a estar calmado—, ¿mi mujer acaba de salir de aquí?

—Posible.

—¡Pues bien, señor!, ¿no me comprende?

—No tengo el honor de conocer a la señora su esposa —respondió el usurero—. He recibido a mucha gente esta mañana: mujeres, hombres, señoritas que se parecían a jóvenes, y jóvenes que se parecían a señoritas... Me sería muy difícil...

—Basta de bromas, señor, hablo de la mujer que sale en este instante de su casa.

—¿Cómo puedo saber si es su mujer? —preguntó el usurero—, nunca he tenido la ventaja de verle a usted.

—Se equivoca, señor Gobseck —dijo el conde con un profundo acento de ironía—. Nos hemos encontrado en la habitación de mi mujer, una mañana. Usted venía a cobrar un pagaré suscrito por ella, un pagaré que ella no debía.

—No era asunto mío investigar de qué manera ella había recibido el valor —replicó Gobseck lanzando una mirada maliciosa al conde—. Yo había descontado el efecto a uno de mis colegas. Por lo demás, señor —dijo el capitalista sin conmoverse ni apresurar su dicción y vertiendo café en su cuenco de leche—, me permitirá hacerle observar que no me está probado que tenga usted el derecho de hacerme reprimendas en mi casa: soy mayor de edad desde el año sesenta y uno del siglo pasado.

—Señor, usted acaba de comprar a bajo precio diamantes de familia que no pertenecían a mi mujer.

—Sin creerme obligado a ponerle en el secreto de mis negocios, le diré, señor conde, que si sus diamantes le han sido tomados por la señora condesa, debería usted haber prevenido, mediante una circular, a los joyeros de no comprarlos; ella ha podido venderlos al por menor.

—¡Señor! —exclamó el conde—, usted conocía a mi mujer.

—¿Verdad?

—Ella está bajo potestad marital.

—Posible.

—Ella no tenía el derecho de disponer de esos diamantes...

—Justo.

—¿Pues bien, señor?

—¡Pues bien señor!, conozco a su mujer, está bajo potestad marital, lo reconozco, está bajo muchas potestades; pero —yo— no —conozco— sus —diamantes. Si la señora condesa firma letras de cambio, puede sin duda hacer comercio, comprar diamantes, recibirlos para venderlos, ideo se ha visto!

—Adiós, señor —exclamó el conde pálido de cólera—, ¡hay tribunales!

—Justo.

—El señor que está aquí —añadió mostrándome— ha sido testigo de la venta.

—Posible.

El conde iba a salir. De repente, sintiendo la importancia de este asunto, me interpuse entre las partes beligerantes.

—Señor conde —dije—, tiene usted razón, y el señor Gobseck no tiene ninguna culpa. No sabría usted perseguir al comprador sin hacer poner en causa a su mujer, y lo odioso de este asunto no recaería sobre ella solamente. Soy procurador, me debo a mí mismo, todavía más que a mi carácter oficial, declararle que los diamantes de los que usted habla han sido comprados por el señor Gobseck en mi presencia; pero creo que usted haría mal en contestar la legalidad de esta venta cuyos objetos son, por lo demás, poco reconocibles. En equidad, tendría razón; en justicia, sucumbiría. El señor Gobseck es demasiado hombre de bien para negar que esta venta haya sido efectuada en su beneficio, sobre todo cuando mi conciencia y mi deber me fuerzan a confesarlo. Pero si intentara un pleito, señor conde, el resultado sería dudoso. Le aconsejo pues transigir con el señor Gobseck, que puede alegar su buena fe, pero al cual deberá siempre devolver el precio de la venta. Consienta en una retroventa de siete a ocho meses, de un año incluso, lapso de tiempo que le permitirá devolver la suma tomada prestada por la señora condesa a menos que prefiera recomprarlos desde hoy dando garantías para el pago.

El usurero mojaba su pan en la taza y comía con una perfecta indiferencia; pero ante la palabra transacción me miró como si dijera: «¡El bribón! Cómo aprovecha mis lecciones». Por mi parte le contesté con una ojeada que comprendió a maravilla. El asunto era muy dudoso, innoble; se hacía urgente transigir. Gobseck no habría tenido el recurso de la negación, yo habría dicho la verdad. El conde me agradeció con una sonrisa benévola. Tras un debate en el cual la destreza y la avidez de Gobseck habrían puesto en apuros a toda la diplomacia de un congreso, preparé un acta por la cual el conde reconoció haber recibido del usurero una suma de ochenta y cinco

mil francos, intereses incluidos, y mediante cuya devolución Gobseck se comprometía a entregar los diamantes al conde.

—¡Qué dilapidación! —exclamó el marido al firmar—. ¿Cómo tender un puente sobre este abismo?

—Señor —dijo gravemente Gobseck—, ¿tiene usted muchos hijos?

Esta pregunta hizo estremecerse al conde como si, semejante a un sabio médico, el usurero hubiera puesto de repente el dedo sobre el asiento del mal. El marido no respondió.

—¡Pues bien! —reanudó Gobseck comprendiendo el doloroso silencio del conde—, sé su historia de memoria. Esa mujer es un demonio a quien usted ama tal vez todavía; lo creo bien, ella me ha conmovido. Tal vez quisiera salvar su fortuna, reservarla a uno o dos de sus hijos. ¡Pues bien!, láncese al torbellino del mundo, juegue, pierda esa fortuna, venga a buscar a menudo a Gobseck. ¡El mundo dirá que soy un judío, un árabe, un usurero, un corsario, que le habré arruinado! ¡Me burlo de ello! Si se me insulta, derribo a mi hombre, nadie dispara tan bien la pistola y la espada como su servidor. ¡Se sabe! Luego tenga un amigo, si puede encontrar uno al cual haga una venta simulada de sus bienes.

—¿No llama usted a eso un fideicomiso? —me preguntó volviéndose hacia mí.

El conde pareció enteramente absorto en sus pensamientos y nos dejó diciéndonos:

—Tendrá su dinero mañana, señor, tenga los diamantes listos.

—Ese tiene pinta de ser tonto como un hombre honesto —me dijo fríamente Gobseck cuando el conde se hubo ido.

—Diga más bien tonto como un hombre apasionado.

—El conde le debe los gastos del acta —exclamó viéndome despedirme de él.

Algunos días después de esta escena que me había iniciado en los terribles misterios de la vida de una mujer a la moda, vi entrar al

conde una mañana en mi despacho.

—Señor —dijo—, vengo a consultarle sobre intereses graves, declarándole que tengo en usted la confianza más entera, y espero darle pruebas de ello. Su conducta para con la señora de Grandlieu —dijo el conde— está por encima de todo elogio.

—Ya ve, señora —dijo el procurador a la vizcondesa—, que he recibido mil veces de usted el premio de una acción muy sencilla.

Me incliné respetuosamente y respondí que no había hecho más que cumplir un deber de hombre honesto.

—¡Pues bien, señor!, he tomado muchos informes sobre el singular personaje al cual debe su estado —me dijo el conde—. Según todo lo que sé de él, reconozco en Gobseck a un filósofo de la escuela cínica. ¿Qué piensa de su probidad?

—Señor conde —respondí—, Gobseck es mi bienhechor... al quince por ciento —añadí riendo—. Pero su avaricia no me autoriza a pintarlo parecido en beneficio de un desconocido.

—¡Hable, señor! Su franqueza no puede dañar ni a Gobseck ni a usted. No espero encontrar un ángel en un prestamista.

—Papá Gobseck —reanudé— está íntimamente convencido de un principio que domina su conducta. Según él, el dinero es una mercancía que se puede, con toda seguridad de conciencia, vender cara o barata, según los casos. Un capitalista es a sus ojos un hombre que entra, por el fuerte dinero que reclama de su capital, como socio por anticipación en las empresas y las especulaciones lucrativas. Aparte de sus principios financieros y sus observaciones filosóficas sobre la naturaleza humana que le permiten conducirse en apariencia como un usurero, estoy íntimamente persuadido de que, fuera de sus negocios, es el hombre más delicado y más probo que hay en París. Existen dos hombres en él: es avaro y filósofo, pequeño y grande. Si yo muriera dejando hijos, él sería su tutor. He ahí, señor, bajo qué aspecto la experiencia me ha mostrado a Gobseck. No conozco nada de su vida pasada. Puede haber sido corsario, tal vez ha atravesado el mundo entero traficando con

diamantes o con hombres, con mujeres o con secretos de Estado, pero juro que ninguna alma humana ha sido ni más fuertemente templada ni mejor probada. El día en que le llevé la suma que saldaba mi cuenta con él, le pregunté, no sin algunas precauciones oratorias, qué sentimiento le había empujado a hacerme pagar tan enormes intereses, y por qué razón, queriendo hacerme un favor, a mí su amigo, no se había permitido un beneficio completo. «Hijo mío, te he dispensado de la gratitud dándote el derecho de creer que no me debías nada; por eso somos los mejores amigos del mundo». Esta respuesta, señor, le explicará al hombre mejor que todas las palabras posibles.

—Mi decisión está irrevocablemente tomada —me dijo el conde—. Prepare las actas necesarias para traspasar a Gobseck la propiedad de mis bienes. Solo me fío de usted, señor, para la redacción del contradocumento por el cual declarará que esta venta es simulada, y tomará el compromiso de entregar mi fortuna administrada por él como él sabe administrar, en manos de mi hijo mayor, en la época de su mayoría de edad. Ahora, señor, debo decírselo: temería guardar este acta preciosa en mi casa. El apego de mi hijo por su madre me hace temer confiarle este contradocumento. ¿Me atrevería a rogarle que sea el depositario? En caso de muerte, Gobseck le instituiría legatario de mis propiedades. Así, todo está previsto.

El conde guardó silencio durante un momento y pareció muy agitado.

—Mil perdones, señor —me dijo tras una pausa—, sufro mucho, y mi salud me da los más vivos temores. Disgustos recientes han turbado mi vida de una manera cruel, y necesitan la gran medida que tomo.

—Señor —le dije—, permítame agradecerle primero la confianza que tiene en mí. Pero debo justificarla haciéndole observar que por estas medidas usted deshereda completamente a sus... otros hijos. Llevan su nombre. Aunque no fueran más que los hijos de una mujer antaño amada, ahora caída, tienen derecho a una cierta existencia.

Le declaro que no acepto en absoluto el cargo con el que quiere honrarme, si su suerte no está fijada.

Estas palabras hicieron estremecerse violentamente al conde. Algunas lágrimas le vinieron a los ojos, me estrechó la mano diciéndome:

—No le conocía aún por entero. Acaba de causarme a la vez alegría y pena. Fijaremos la parte de esos hijos por las disposiciones del contradocumento.

Le acompañé hasta la puerta de mi despacho, y me pareció ver sus rasgos iluminados por el sentimiento de satisfacción que le causaba este acto de justicia.

—He aquí, Camille, cómo las jóvenes mujeres se embarcan sobre abismos. Basta a veces una contradanza, un aire cantado al piano, una partida de campo para decidir espantosos infortunios. ¡Se corre a ellos a la voz presuntuosa de la vanidad, del orgullo, bajo la fe de una sonrisa, o por locura, por aturdimiento! La Vergüenza, el Remordimiento y la Miseria son tres Furias entre cuyas manos deben infaliblemente caer las mujeres tan pronto como franquean los límites...

—Mi pobre Camille se muere de sueño —dijo la vizcondesa interrumpiendo al procurador—. Ve, hija mía, ve a dormir, tu corazón no necesita cuadros aterradores para permanecer puro y virtuoso.

Camille de Grandlieu comprendió a su madre, y salió.

—Ha ido usted un poco demasiado lejos, querido señor Derville —dijo la vizcondesa—, los procuradores no son ni madres de familia, ni predicadores.

—Pero las gacetas son mil veces más...

—¡Pobre Derville! —dijo la vizcondesa interrumpiendo al procurador—, no le reconozco. ¿Cree usted entonces que mi hija lee los periódicos? —Continúe —añadió tras una pausa.

—Tres meses después de la ratificación de las ventas consentidas por el conde en beneficio de Gobseck...

—Puede nombrar al conde de Restaud, puesto que mi hija ya no está aquí —dijo la vizcondesa.

—¡Sea! —reanudó el procurador—. Mucho tiempo después de esta escena, yo no había recibido todavía el contradocumento que debía quedar en mis manos. En París, los procuradores son arrastrados por una corriente que no les permite aportar a los asuntos de sus clientes más que el grado de interés que ellos aportan por sí mismos, salvo las excepciones que sabemos hacer. Sin embargo, un día que el usurero cenaba en mi casa, le pregunté, al salir de la mesa, si sabía por qué yo no había oído hablar más del señor de Restaud.

—Hay excelentes razones para ello —me respondió—. El gentilhomme está moribundo. Es una de esas almas tiernas que no conociendo la manera de matar la pena, se dejan siempre matar por ella. La vida es un trabajo, un oficio, que hay que tomarse la molestia de aprender. Cuando un hombre ha sabido la vida, a fuerza de haber experimentado sus dolores, su fibra se corrobora y adquiere una cierta flexibilidad que le permite gobernar su sensibilidad; hace de sus nervios especies de resortes de acero que se doblan sin romperse; si el estómago es bueno, un hombre así preparado debe vivir tanto tiempo como viven los cedros del Líbano, que son famosos árboles.

—¿El conde estaría muriéndose? —dije.

—Posible —dijo Gobseck—. Tendrá usted en su sucesión un asunto jugoso.

Miré a mi hombre, y le dije para sondearle:

—Explíqueme pues por qué somos, el conde y yo, los únicos por los que se ha interesado usted.

—Porque son los únicos que se han fiado de mí sin astucia —me respondió.

Aunque esta respuesta me permitía creer que Gobseck no abusaría de su posición, si los contradocumentos se perdían, resolví ir a ver al conde. Pretexté negocios, y salimos. Llegué prontamente a la calle del Helder. Fui introducido en un salón donde la condesa jugaba con sus hijos. Al oírme anunciar, se levantó con un movimiento brusco, vino a mi encuentro, y se sentó sin decir palabra, indicándome con la mano un sillón vacante junto al fuego. Puso en su cara esa máscara impenetrable bajo la cual las mujeres de mundo saben ocultar tan bien sus pasiones. Las penas habían marchitado ya ese rostro; las líneas maravillosas que constituían antaño su mérito, quedaban solas para testimoniar su belleza.

—Es muy esencial, señora, que pueda hablar con el señor conde...

—Sería usted entonces más favorecido que yo —respondió ella interrumpiéndome—. El señor de Restaud no quiere ver a nadie, apenas sufre que su médico venga a verle, y rechaza todos los cuidados, incluso los míos. ¡Los enfermos tienen fantasías tan extrañas! Son como niños, no saben lo que quieren.

—Tal vez, como los niños, saben muy bien lo que quieren.

La condesa se ruborizó. Me arrepentí casi de haber hecho esta réplica digna de Gobseck. Pero, reanudé para cambiar de conversación:

—Es imposible, señora, que el señor de Restaud permanezca perpetuamente solo.

—Tiene a su hijo mayor cerca de él —dijo ella.

Por más que miré a la condesa, esta vez no se ruborizó más, y me pareció que se había afirmado en la resolución de no dejarme penetrar sus secretos.

—Debe comprender, señora, que mi gestión no es en absoluto indiscreta —reanudé—. Está fundada en intereses poderosos...

Me mordí los labios, sintiendo que me embarcaba en una ruta falsa. Así, la condesa aprovechó inmediatamente mi aturdimiento.

—Mis intereses no están separados de los de mi marido, señor — dijo ella—. Nada se opone a que se dirija a mí...

—El asunto que me trae no concierne más que al señor conde — respondí con firmeza.

—Le haré avisar del deseo que tiene de verle.

El tono cortés, el aire que adoptó para pronunciar esta frase no me engañaron, adiviné que no me dejaría jamás llegar hasta su marido. Charlé durante un momento de cosas indiferentes con el fin de poder observar a la condesa; pero, como todas las mujeres que se han hecho un plan, sabía disimular con esa rara perfección que, en las personas de su sexo, es el último grado de la perfidia. Me atreveré a decirlo, aprehendía todo de ella, incluso un crimen. Este sentimiento provenía de una visión del futuro que se revelaba en sus gestos, en sus miradas, en sus modales, y hasta en las entonaciones de su voz. La dejé.

Ahora voy a contarles las escenas que terminan esta aventura, uniendo a ellas las circunstancias que el tiempo me ha revelado, y los detalles que la perspicacia de Gobseck o la mía me han hecho adivinar. Desde el momento en que el conde de Restaud pareció sumirse en un torbellino de placeres, y querer disipar su fortuna, pasaron entre los dos esposos escenas cuyo secreto ha sido impenetrable y que permitieron al conde juzgar a su mujer aún más desfavorablemente que lo había hecho hasta entonces. Tan pronto como cayó enfermo, y se vio obligado a guardar cama, se manifestó su aversión por la condesa y por sus dos últimos hijos; les prohibió la entrada de su habitación, y cuando intentaron eludir esta consigna, su desobediencia trajo crisis tan peligrosas para el señor de Restaud, que el médico conjuró a la condesa a no infringir las órdenes de su marido. La señora de Restaud, habiendo visto sucesivamente las tierras, las propiedades de la familia, e incluso el palacete donde vivía, pasar a manos de Gobseck, que parecía realizar, en cuanto a su fortuna, el personaje fantástico de un ogro, comprendió sin duda los designios de su marido. El señor de Trailles, un poco demasiado vivamente perseguido por sus acreedores,

viajaba entonces por Inglaterra. Solo él habría podido enseñar a la condesa las precauciones secretas que Gobseck había sugerido al señor de Restaud contra ella. Se dice que resistió mucho tiempo a dar su firma, indispensable en los términos de nuestras leyes para validar la venta de los bienes, y sin embargo el conde la obtuvo. La condesa creía que su marido capitalizaba su fortuna, y que el pequeño volumen de billetes que la representaba estaría en un escondite, en casa de un notario, o tal vez en el Banco. Según sus cálculos, el señor de Restaud debía poseer necesariamente un acta cualquiera para dar a su hijo mayor la facilidad de recuperar aquellos de sus bienes a los que tenía apego. Tomó pues la decisión de establecer alrededor de la habitación de su marido la más exacta vigilancia. Reinó despóticamente en su casa, que fue sometida a su espionaje de mujer. Permanecía todo el día sentada en el salón contiguo a la habitación de su marido, y desde donde podía oír sus menores palabras y sus más ligeros movimientos. Por la noche, hacía tender una cama en esa pieza, y la mayor parte del tiempo no dormía. El médico estaba enteramente de su parte. Esta devoción pareció admirable. Ella sabía, con esa finura natural en las personas pérfidas, disfrazar la repugnancia que el señor de Restaud manifestaba por ella, y fingía tan perfectamente el dolor, que obtuvo una suerte de celebridad. Algunas puritanas encontraron incluso que redimía así sus faltas. Pero tenía siempre ante los ojos la miseria que le esperaba a la muerte del conde, si le faltaba presencia de ánimo. Así esta mujer, rechazada del lecho de dolor donde gemía su marido, había trazado un círculo mágico alrededor. Lejos de él, y cerca de él, desgraciada y todopoderosa, esposa devota en apariencia, acechaba la muerte y la fortuna, como ese insecto de los campos que, en el fondo del precipicio de arena que ha sabido redondear en espiral, espera allí su inevitable presa escuchando cada grano de polvo que cae. El censor más severo no podía impedirle reconocer que la condesa llevaba lejos el sentimiento de la maternidad. La muerte de su padre fue, se dice, una lección para ella. Idólatra de sus hijos, les había ocultado el cuadro de sus desórdenes, su edad le había permitido alcanzar su objetivo y hacerse amar por ellos, les ha dado la mejor y la más brillante educación. Confieso que no puedo

defenderme para con esta mujer de un sentimiento admirativo y de una compasión sobre la cual Gobseck me bromea todavía. En aquella época, la condesa, que reconocía la bajeza de Maxime, expiaba con lágrimas de sangre las faltas de su vida pasada. Lo creo. Por odiosas que fuesen las medidas que tomaba para reconquistar la fortuna de su marido, ¿no le eran dictadas por su amor materno y por el deseo de reparar sus culpas para con sus hijos? Luego, como muchas mujeres que han sufrido las tormentas de una pasión, tal vez sentía la necesidad de volver a ser virtuosa. Tal vez no conoció el precio de la virtud más que en el momento en que recogió la triste cosecha sembrada por sus errores. Cada vez que el joven Ernest salía de la habitación de su padre, sufría un interrogatorio inquisitorial sobre todo lo que el conde había hecho y dicho. El niño se prestaba complacientemente a los deseos de su madre, que atribuía a un tierno sentimiento, y se adelantaba a todas las preguntas. Mi visita fue un rayo de luz para la condesa, que quiso ver en mí al ministro de las venganzas del conde, y resolvió no dejarme acercar al moribundo. Movidó por un presentimiento siniestro, deseaba vivamente procurarme una entrevista con el señor de Restaud, pues no estaba sin inquietud sobre el destino de los contradocumentos; si caían entre las manos de la condesa, ella podía hacerlos valer, y se habrían elevado pleitos interminables entre ella y Gobseck. Conocía bastante al usurero para saber que no restituiría jamás los bienes a la condesa, y había numerosos elementos de chicana en la contextura de esos títulos cuya acción no podía ser ejercida más que por mí. Quise prevenir tantas desgracias, y fui a casa de la condesa una segunda vez.

—He notado, señora —dijo Derville a la vizcondesa de Grandlieu tomando el tono de una confidencia—, que existen ciertos fenómenos morales a los cuales no prestamos suficiente atención en el mundo. Naturalmente observador, he llevado a los asuntos de interés que trato y donde las pasiones son tan vivamente puestas en juego, un espíritu de análisis involuntario. Ahora bien, siempre he admirado con una sorpresa nueva que las intenciones secretas y las ideas que llevan en ellos dos adversarios, son casi siempre

recíprocamente adivinadas. Se encuentra a veces entre dos enemigos la misma lucidez de razón, la misma potencia de vista intelectual que entre dos amantes que leen en el alma el uno del otro. Así, cuando estuvimos ambos en presencia, la condesa y yo, comprendí de repente la causa de la antipatía que tenía por mí, aunque disfrazase sus sentimientos bajo las formas más graciosas de la cortesía y de la amenidad. Yo era un confidente impuesto, y es imposible que una mujer no odie a un hombre ante quien está obligada a ruborizarse. En cuanto a ella, adivinó que si yo era el hombre en quien su marido depositaba su confianza, no me había remitido aún su fortuna. Nuestra conversación, de la cual le hago gracia, ha quedado en mi recuerdo como una de las luchas más peligrosas que he sufrido. La condesa, dotada por la naturaleza de las cualidades necesarias para ejercer irresistibles seducciones, se mostró alternativamente flexible, fiera, cariñosa, confiada; llegó incluso hasta intentar encender mi curiosidad, despertar el amor en mi corazón a fin de dominarme: fracasó. Cuando me despedí de ella, sorprendí en sus ojos una expresión de odio y de furor que me hizo temblar. Nos separamos enemigos. Ella habría querido poder aniquilarme, y yo sentía piedad por ella, sentimiento que, para ciertos caracteres, equivale a la más cruel injuria. Este sentimiento se traslució en las últimas consideraciones que le presenté. Le dejé, creo, un profundo terror en el alma declarándole que, de cualquier manera que pudiera actuar, sería necesariamente arruinada.

—Si viera al señor conde, al menos el bien de sus hijos...

—Estaría a su merced —dijo ella interrumpiéndome con un gesto de disgusto.

Una vez planteadas las cuestiones entre nosotros de una manera tan franca, resolví salvar a esta familia de la miseria que la esperaba. Determinado a cometer ilegalidades judiciales, si eran necesarias para llegar a mi fin, he aquí cuáles fueron mis preparativos. Hice perseguir al señor conde de Restaud por una suma debida ficticiamente a Gobseck y obtuve condenas. La condesa ocultó necesariamente este procedimiento, pero yo adquiriría así el derecho

de hacer poner los sellos a la muerte del conde. Corrompí entonces a uno de los criados de la casa, y obtuve de él la promesa de que en el momento mismo en que su amo estuviera a punto de expirar, vendría a avisarme, aunque fuera en mitad de la noche, a fin de que yo pudiera intervenir de repente, asustar a la condesa amenazándola con una súbita puesta de sellos, y salvar así los contradocumentos. Supe más tarde que esta mujer estudiaba el código oyendo las quejas de su marido moribundo. ¿Qué espantosos cuadros no presentarían las almas de aquellos que rodean los lechos fúnebres, si se pudieran pintar las ideas? ¡Y siempre la fortuna es el móvil de las intrigas que se elaboran, de los planes que se forman, de las tramas que se urden! Dejemos ahora de lado estos detalles bastante fastidiosos por su naturaleza, pero que han podido permitirle adivinar los dolores de esta mujer, los de su marido, y que le desvelan los secretos de algunos interiores semejantes a este. Desde hacía dos meses el conde de Restaud, resignado a su suerte, permanecía acostado, solo, en su habitación. Una enfermedad mortal había debilitado lentamente su cuerpo y su espíritu. Presa de esas fantasías de enfermo cuya extrañeza parece inexplicable, se oponía a que adecentaran su apartamento, se rehusaba a toda especie de cuidado, e incluso a que hicieran su cama. Esta extrema apatía se había impreso a su alrededor: los muebles de su habitación quedaban en desorden; el polvo, las telas de araña cubrían los objetos más delicados. Antaño rico y rebuscado en sus gustos, se complacía entonces en el triste espectáculo que le ofrecía esta pieza donde la chimenea, el secreter y las sillas estaban atestados de los objetos que necesita una enfermedad: frascos vacíos o llenos, casi todos sucios; ropa esparcida, platos rotos, un calentador abierto ante el fuego, una bañera todavía llena de agua mineral. El sentimiento de la destrucción estaba expresado en cada detalle de este caos desgraciado. La muerte aparecía en las cosas antes de invadir a la persona. El conde tenía horror a la luz, las persianas de las ventanas estaban cerradas, y la oscuridad añadía aún más a la sombría fisonomía de este triste lugar. El enfermo había adelgazado considerablemente. Sus ojos, donde la vida parecía haberse refugiado, habían permanecido brillantes. La blancura lívida de su

rostro tenía algo de horrible, que realizaba aún la longitud extraordinaria de sus cabellos que nunca había querido dejar cortar, y que descendían en largas mechadas lacias a lo largo de sus mejillas. Se parecía a los fanáticos habitantes del desierto. La pena extinguía todos los sentimientos humanos en este hombre de apenas cincuenta años, que todo París había conocido tan brillante y tan feliz.

A principios del mes de diciembre del año 1824, una mañana, miró a su hijo Ernest que estaba sentado a los pies de su cama, y que le contemplaba dolorosamente.

—¿Sufre usted? —le había preguntado el joven vizconde.

—¡No! —dijo con una sonrisa aterradora—, itodo está aquí y alrededor del corazón!

Y después de haber señalado su cabeza, presionó sus dedos descarnados sobre su pecho hundido, con un gesto que hizo llorar a Ernest.

—¿Por qué entonces no veo venir al señor Derville? —preguntó a su ayuda de cámara, que creía muy apegado a él, pero que estaba totalmente en los intereses de la condesa.

—¡Cómo, Maurice! —exclamó el moribundo, que se incorporó en su cama y pareció haber recobrado toda su presencia de ánimo—, ¿hace siete u ocho veces que le envío a casa de mi procurador, desde hace quince días, y no ha venido? ¿Cree que se puede jugar conmigo? Vaya a buscarle inmediatamente, al instante, y tráigalo. Si no ejecuta mis órdenes, me levantaré yo mismo e iré...

—Señora —dijo el ayuda de cámara saliendo—, ha oído al señor conde, ¿qué debo hacer?

—Fingirá ir a casa del procurador, y volverá a decir al señor que su hombre de negocios ha ido a cuarenta leguas de aquí por un pleito importante. Añadirá que se le espera a finales de la semana. —«Los enfermos se engañan siempre sobre su suerte —pensó la condesa—, y esperará el regreso de este hombre».

El médico había declarado la víspera que era difícil que el conde pasara el día. Cuando dos horas después, el ayuda de cámara vino a dar a su amo esta respuesta desesperante, el moribundo pareció muy agitado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —repitió en varias ocasiones—, no tengo confianza más que en vos.

Miró a su hijo durante largo tiempo, y le dijo finalmente con voz debilitada:

—Ernest, hijo mío, eres muy joven; pero tienes buen corazón y comprendes sin duda la santidad de una promesa hecha a un moribundo, a un padre. ¿Te sientes capaz de guardar un secreto, de enterrarlo en ti mismo de manera que tu propia madre no lo sospeche? Hoy, hijo mío, no queda más que tú en esta casa en quien yo pueda confiar. ¿No traicionarás mi confianza?

—No, padre.

—¡Pues bien, Ernest!, te entregaré, en unos momentos, un paquete sellado que pertenece al señor Derville, lo conservarás de manera que nadie sepa que lo posees, te escaparás del palacete y lo echarás al correo que está al final de la calle.

—Sí, padre.

—¿Puedo contar contigo?

—Sí, padre.

—Ven a abrazarme. Me haces así la muerte menos amarga, mi querido hijo. Dentro de seis o siete años, comprenderás la importancia de este secreto, y entonces, serás bien recompensado por tu destreza y tu fidelidad, entonces sabrás cuánto te quiero. Déjame solo un momento e impide a quien sea entrar aquí.

Ernest salió, y vio a su madre de pie en el salón.

—Ernest —le dijo ella—, ven aquí.

Se sentó tomando a su hijo entre sus dos rodillas, y presionándolo con fuerza sobre su corazón, lo besó.

—Ernest, tu padre acaba de hablarte.

—Sí, mamá.

—¿Qué te ha dicho?

—No puedo repetirlo, mamá.

—¡Oh, mi querido hijo! —exclamó la condesa abrazándolo con entusiasmo—, ¡cuánto placer me da tu discreción! No mentir nunca y permanecer fiel a su palabra, son dos principios que no hay que olvidar jamás.

—¡Oh, qué guapa eres, mamá! ¡Tú nunca has mentido, verdad! Estoy bien seguro.

—A veces, mi querido Ernest, he mentido. Sí, he faltado a mi palabra en circunstancias ante las cuales ceden todas las leyes. Escucha mi Ernest, eres bastante mayor, bastante razonable para darte cuenta de que tu padre me rechaza, no quiere mis cuidados, y eso no es natural, pues sabes cuánto le quiero.

—Sí, mamá.

—Mi pobre hijo —dijo la condesa llorando—, esta desgracia es el resultado de insinuaciones pérfidas. Malas gentes han buscado separarme de tu padre, con el fin de satisfacer su avidez. Quieren privarnos de nuestra fortuna y apropiársela. Si tu padre estuviera sano, la división que existe entre nosotros cesaría pronto, me escucharía; y como es bueno, amante, reconocería su error; pero su razón se ha alterado, y las prevenciones que tenía contra mí se han convertido en una idea fija, una especie de locura, el efecto de su enfermedad. La predilección que tu padre tiene por ti es una nueva prueba del trastorno de sus facultades. Nunca te has dado cuenta de que antes de su enfermedad amara menos a Pauline y a Georges que a ti. Todo es capricho en él. La ternura que te tiene podría sugerirle la idea de darte órdenes a ejecutar. Si no quieres arruinar a tu familia, mi querido ángel, y no ver a tu madre mendigando su pan un día como una pordiosera, hay que decírselo todo...

—¡Ah, ah! —exclamó el conde, que, habiendo abierto la puerta, se mostró de repente casi desnudo, ya tan seco, tan descarnado como un esqueleto.

Este grito sordo produjo un efecto terrible en la condesa, que permaneció inmóvil y como golpeada de estupor. Su marido estaba tan frágil y tan pálido, que parecía salir de la tumba.

—Habéis abrevado mi vida de penas, y queréis turbar mi muerte, pervertir la razón de mi hijo, hacer de él un hombre vicioso —gritó con una voz ronca.

La condesa fue a arrojarse a los pies de este moribundo al que las últimas emociones de la vida volvían casi horrible y derramó allí un torrente de lágrimas.

—¡Piedad! ¡Piedad! —exclamó.

—¿Habéis tenido piedad de mí? —preguntó él—. Os he dejado devorar vuestra fortuna, ¿queréis ahora devorar la mía, arruinar a mi hijo?

—¡Pues bien, sí, nada de piedad para mí, sed inflexible! —dijo ella —, ¡pero los niños! Condenad a vuestra viuda a vivir en un convento, obedeceré; haré para expiar mis faltas hacia vos, todo lo que os plazca ordenarme; ¡pero que los niños sean felices! ¡Oh, los niños! ¡Los niños!

—No tengo más que un hijo —respondió el conde tendiendo, con un gesto desesperado, su brazo descarnado hacia su hijo.

—¡Perdón! ¡Arrepentida, arrepentida!... —gritaba la condesa besando los pies húmedos de su marido.

Los sollozos le impedían hablar y palabras vagas, incoherentes salían de su garganta ardiente.

—Después de lo que le decíais a Ernest, ¡os atrevéis a hablar de arrepentimiento! —dijo el moribundo que derribó a la condesa agitando el pie—. ¡Me heláis! —añadió con una indiferencia que tuvo

algo de espantoso—. Habéis sido mala hija, habéis sido mala esposa, seréis mala madre.

La desgraciada mujer cayó desmayada. El moribundo volvió a su cama, se acostó, y perdió el conocimiento algunas horas después. Los sacerdotes vinieron a administrarle los sacramentos. Era medianoche cuando expiró. La escena de la mañana había agotado el resto de sus fuerzas. Yo llegué a medianoche con Papá Gobseck. Al amparo del desorden que reinaba, nos introdujimos hasta el pequeño salón que precedía a la cámara mortuoria, y donde encontramos a los tres niños llorando, entre dos sacerdotes que debían pasar la noche junto al cuerpo. Ernest vino hacia mí y me dijo que su madre quería estar sola en la habitación del conde.

—No entréis —dijo con una expresión admirable en el acento y el gesto—, ¡ella reza!

Gobseck se puso a reír, con esa risa muda que le era particular. Yo me sentía demasiado conmovido por el sentimiento que estallaba en la joven figura de Ernest, para compartir la ironía del avaro. Cuando el niño vio que caminábamos hacia la puerta, fue a pegarse a ella gritando:

—¡Mamá, aquí hay unos señores negros que te buscan!

Gobseck levantó al niño como si hubiera sido una pluma, y abrió la puerta. ¡Qué espectáculo se ofreció a nuestras miradas! Un horrible desorden reinaba en aquella habitación. Desmelenada por la desesperación, los ojos centelleantes, la condesa permanecía de pie, atónita, en medio de ropas, papeles, trapos revueltos. Confusión horrible de ver en presencia de aquel muerto. Apenas el conde hubo expirado, su mujer había forzado todos los cajones y el secreter; a su alrededor la alfombra estaba cubierta de escombros, algunos muebles y varias carpetas habían sido rotos, todo llevaba la huella de sus manos atrevidas. Si al principio sus búsquedas habían sido vanas, su actitud y su agitación me hicieron suponer que había acabado por descubrir los misteriosos papeles. Eché un vistazo a la cama, y con el instinto que nos da la costumbre de los negocios,

adiviné lo que había pasado. El cadáver del conde se encontraba en el espacio entre la cama y la pared, casi atravesado, la nariz vuelta hacia los colchones, desdeñosamente tirado como uno de los sobres de papel que estaban en el suelo; él también no era más que un envoltorio. Sus miembros rígidos e inflexibles le daban algo de grotescamente horrible. El moribundo había ocultado sin duda el contradocumento bajo su almohada, como para preservarlo de todo alcance hasta su muerte. La condesa había adivinado el pensamiento de su marido, que por otra parte parecía estar escrito en el último gesto, en la convulsión de los dedos ganchudos. La almohada había sido tirada al suelo de la cama, el pie de la condesa estaba todavía impreso en ella; a sus pies, delante de ella, vi un papel sellado en varios lugares con las armas del conde, lo recogí vivamente y leí en él una dirección indicando que el contenido debía serme entregado. Miré fijamente a la condesa con la perspicaz severidad de un juez que interroga a un culpable. La llama del hogar devoraba los papeles. Al oírnos venir, la condesa los había lanzado allí creyendo, a la lectura de las primeras disposiciones que yo había provocado a favor de sus hijos, aniquilar un testamento que les privaba de su fortuna. Una conciencia atormentada y el espanto involuntario inspirado por un crimen a quienes lo cometen le habían quitado el uso de la reflexión. Al verse sorprendida, veía tal vez el cadalso y sentía el hierro candente del verdugo. Esta mujer esperaba nuestras primeras palabras jadeando, y nos miraba con ojos extraviados.

—¡Ah, señora! —dije retirando de la chimenea un fragmento que el fuego no había alcanzado—, ¡ha arruinado a sus hijos! Esos papeles eran sus títulos de propiedad.

Su boca se movió, como si fuera a tener un ataque de parálisis.

—¡Je, je! —exclamó Gobseck, cuya exclamación nos hizo el efecto del chirrido producido por un candelabro de cobre cuando se empuja sobre un mármol.

Tras una pausa, el anciano me dijo con un tono tranquilo:

—¿Querría usted entonces hacer creer a la señora condesa que no soy el legítimo propietario de los bienes que me vendió el señor conde? Esta casa me pertenece desde hace un momento.

Un golpe de maza aplicado repentinamente sobre mi cabeza me habría causado menos dolor y sorpresa. La condesa notó la mirada indecisa que lancé al usurero.

—¡Señor, señor! —le dijo sin encontrar otras palabras.

—¿Tiene usted un fideicomiso? —le pregunté.

—Posible.

—¿Abusaría usted entonces del crimen cometido por la señora?

—Justo.

Salí, dejando a la condesa sentada junto a la cama de su marido y llorando a lágrima viva. Gobseck me siguió. Cuando nos encontramos en la calle, me separé de él, pero vino hacia mí, me lanzó una de esas miradas profundas por las cuales sondea los corazones, y me dijo con su voz aflautada que tomó tonos agudos:

—¿Te metes a juzgarme?

Desde aquel tiempo, nos hemos visto poco. Gobseck ha alquilado el palacete del conde, va a pasar los veranos a las tierras, hace el señor, construye las granjas, repara los molinos, los caminos, y planta árboles. Un día le encontré en un paseo en las Tullerías.

—La condesa lleva una vida heroica —le dije—. Se ha consagrado a la educación de sus hijos a los que ha criado perfectamente. El mayor es un sujeto encantador...

—Posible.

—Pero —reanudé—, ¿no debería usted ayudar a Ernest?

—¡Ayudar a Ernest! —exclamó Gobseck—, no, no. La desgracia es nuestro mayor maestro, la desgracia le enseñará el valor del dinero, el de los hombres y el de las mujeres. ¡Que navegue sobre el mar

parisino! Cuando se haya convertido en buen piloto, le daremos un barco.

Le dejé sin querer explicarme el sentido de sus palabras. Aunque el señor de Restaud, al cual su madre ha dado repugnancia por mí, esté muy lejos de tomarme por consejero, fui la semana pasada a casa de Gobseck para instruirle del amor que Ernest siente por la señorita Camille apremiándole a cumplir su mandato, puesto que el joven conde llega a su mayoría de edad. El viejo descontento estaba desde hacía mucho tiempo en cama y sufría de la enfermedad que debía llevárselo. Aplazó su respuesta al momento en que pudiera levantarse y ocuparse de negocios, no quería sin duda deshacerse de nada mientras tuviera un soplo de vida; su respuesta dilatoria no tenía otros motivos. Al encontrarle mucho más enfermo de lo que él creía estar, me quedé cerca de él durante bastante tiempo para reconocer los progresos de una pasión que la edad había convertido en una especie de locura. A fin de no tener a nadie en la casa que habitaba, se había hecho el inquilino principal y dejaba todas las habitaciones desocupadas. No había nada cambiado en aquella donde vivía. Los muebles, que yo conocía tan bien desde hacía dieciséis años, parecían haber sido conservados bajo vidrio, tan exactamente los mismos eran. Su vieja y fiel portera, casada con un inválido que guardaba la garita cuando ella subía junto al amo, era siempre su ama de llaves, su mujer de confianza, la introductora de cualquiera que venía a verle, y cumplía junto a él las funciones de enfermera. A pesar de su estado de debilidad, Gobseck recibía todavía él mismo a sus clientes, sus rentas, y había simplificado tan bien sus negocios que le bastaba con hacer hacer algunos recados a su inválido para gestionarlos fuera. En el momento del tratado por el cual Francia reconoció la república de Haití, los conocimientos que poseía Gobseck sobre el estado de las antiguas fortunas en Santo Domingo y sobre los colonos o los derechohabientes a los cuales eran atribuidas las indemnizaciones, le hicieron nombrar miembro de la comisión instituida para liquidar sus derechos y repartir los pagos debidos por Haití. El genio de Gobseck le hizo inventar una agencia para descontar los créditos de los colonos o de sus herederos, bajo

los nombres de Werbrust y Gigonnet, con los cuales compartía los beneficios sin tener necesidad de adelantar su dinero, pues sus luces habían constituido su aportación de fondos. Esta agencia era como una destilería donde se exprimían los créditos de los ignorantes, de los incrédulos, o de aquellos cuyos derechos podían ser contestados. Como liquidador, Gobseck sabía parlamentar con los grandes propietarios que, ya fuera para hacer evaluar sus derechos a una tasa elevada, ya para hacerlos prontamente admitir, le ofrecían presentes proporcionados a la importancia de sus fortunas. Así los regalos constituían una especie de descuento sobre las sumas de las cuales le era imposible hacerse dueño; luego, su agencia le entregaba a bajo precio las pequeñas, las dudosas, y aquellas de las gentes que preferían un pago inmediato, por mínimo que fuera, a las posibilidades de los pagos inciertos de la república. Gobseck fue pues la insaciable boa de este gran negocio. Cada mañana recibía sus tributos y los observaba como hubiera hecho el ministro de un nabab antes de decidirse a firmar una gracia. Gobseck tomaba todo desde la cesta del pobre diablo hasta las libras de velas de las gentes escrupulosas, desde la vajilla de los ricos hasta las tabaqueras de oro de los especuladores. Nadie sabía qué era de esos presentes hechos al viejo usurero. Todo entraba en su casa, nada salía.

—A fe de mujer honesta —me decía la portera, vieja conocida mía —, creo que se lo traga todo sin que eso le haga más gordo, pues está seco y flaco como el pájaro de mi reloj.

Finalmente, el lunes pasado, Gobseck me mandó buscar por el inválido, que me dijo al entrar en mi despacho:

—Venga rápido, señor Derville, el patrón va a rendir sus últimas cuentas; se ha puesto amarillo como un limón, está impaciente por hablarle; la muerte le trabaja, y su último estertor le retumba en el gaznate.

Cuando entré en la habitación del moribundo, le sorprendí de rodillas ante su chimenea donde, si no había fuego, se encontraba un enorme montón de cenizas. Gobseck se había arrastrado hasta

allí desde su cama, pero las fuerzas para volver a acostarse le faltaban, así como la voz para quejarse.

—Mi viejo amigo —le dije levantándole y ayudándole a volver a su cama—, tenía frío, ¿cómo no hace fuego?

—¡No tengo frío! —dijo—, ¡nada de fuego! ¡nada de fuego! ¡Voy no sé dónde, muchacho —reanudó lanzándome una última mirada blanca y sin calor—, pero me voy de aquí! Tengo carfología —dijo sirviéndose de un término que anunciaba hasta qué punto su inteligencia era todavía neta y precisa—. He creído ver mi habitación llena de oro vivo y me he levantado para cogerlo. ¿A quién irá todo lo mío? No se lo doy al gobierno, he hecho un testamento, encuéntralo, Grotius. La Bella Holandesa tenía una hija que he visto no sé dónde, en la calle Vivienne, una noche. Creo que la apodan la Torpille, es bonita como un amor, búscala, Grotius. Tú eres mi albacea testamentario, toma lo que quieras, come: hay patés de *foie gras*, balas de café, azúcares, cucharas de oro. Da el servicio de Odiot a tu mujer. ¿Pero a quién los diamantes? ¿Tomas rapé, muchacho? Tengo tabacos, véndelos en Hamburgo, ganan un cincuenta por ciento. ¡En fin, tengo de todo y hay que dejarlo todo! Vamos, Papá Gobseck —se dijo a sí mismo—, nada de debilidad, sé tú mismo.

Se enderezó en su cama, su figura se dibujó netamente sobre su almohada como si hubiera sido de bronce, extendió su brazo seco y su mano huesuda sobre su manta que apretó como para retenerse, miró su hogar, frío tanto como lo era su ojo metálico, y murió con toda su razón, ofreciendo a la portera, al inválido y a mí, la imagen de esos viejos romanos atentos que Lethière ha pintado detrás de los Cónsules, en su cuadro de la *Muerte de los hijos de Bruto*.

—¡Tiene tupé, el viejo bribón! —me dijo el inválido en su lenguaje soldadesco.

Yo escuchaba todavía la fantástica enumeración que el moribundo había hecho de sus riquezas, y mi mirada, que había seguido la suya, permanecía sobre el montón de cenizas cuyo grosor me llamó

la atención. Cogí las tenazas, y cuando las hundí en él, golpeé sobre un cúmulo de oro y de plata, compuesto sin duda de las recaudaciones hechas durante su enfermedad y que su debilidad le había impedido esconder o que su desconfianza no le había permitido enviar al Banco.

—¡Corra a casa del juez de paz —dije al viejo inválido—, a fin de que los sellos sean prontamente puestos aquí!

Impresionado por las últimas palabras de Gobseck, y por lo que me había dicho recientemente la portera, tomé las llaves de las habitaciones situadas en el primer y el segundo piso para ir a visitarlas. En la primera pieza que abrí tuve la explicación de los discursos que yo creía insensatos, al ver los efectos de una avaricia a la cual no le había quedado más que ese instinto ilógico del que tantos ejemplos nos son ofrecidos por los avaros de provincia. En la habitación vecina a aquella donde Gobseck había expirado, se encontraban patés podridos, una multitud de comestibles de todo género e incluso mariscos, pescados que tenían moho y cuyos diversos olores casi me asfixiaron. Por todas partes pululaban gusanos e insectos. Esos presentes recientemente hechos estaban mezclados con cajas de todas las formas, con cajas de té, con balas de café. Sobre la chimenea, en una sopera de plata, había avisos de llegada de mercancías consignadas a su nombre en El Havre, balas de algodón, bocoyes de azúcar, toneles de ron, cafés, índigos, tabacos, itodo un bazar de productos coloniales! Esta pieza estaba atestada de muebles, de argentería, de lámparas, de cuadros, de jarrones, de libros, de bellos grabados enrollados, sin marcos, y de curiosidades. Tal vez esta inmensa cantidad de valores no provenía enteramente de regalos y constituía prendas que le habían quedado a falta de pago. Vi estuches con escudos o cifras, servicios de bella lencería, armas preciosas, pero sin etiquetas. Al abrir un libro que me parecía haber sido desplazado, encontré billetes de mil francos. Me prometí visitar bien las menores cosas, sondear los suelos, los techos, las cornisas y las paredes a fin de encontrar todo ese oro del que estaba tan apasionadamente ávido ese holandés digno del pincel de Rembrandt. Nunca he visto, en el curso de mi vida judicial,

semejantes efectos de avaricia y de originalidad. Cuando volví a su habitación, encontré sobre su escritorio la razón del revoltijo progresivo y del amontonamiento de estas riquezas. Había bajo un pisapapeles una correspondencia entre Gobseck y los comerciantes a los cuales vendía sin duda habitualmente sus presentes. Ahora bien, ya fuera que estas gentes hubieran sido víctimas de la habilidad de Gobseck, ya que Gobseck quisiera un precio demasiado alto por sus productos o sus valores fabricados, cada trato se encontraba en suspenso. No había vendido los comestibles a Chevet, porque Chevet no quería retomarlos más que al treinta por ciento de pérdida. Gobseck regateaba por algunos francos de diferencia, y durante la discusión las mercancías se averiaban. Por su argentería, rehusaba pagar los gastos de la entrega. Por sus cafés, no quería garantizar las mermas. En fin, cada objeto daba lugar a contestaciones que denotaban en Gobseck los primeros síntomas de esa niñez, de esa obstinación incomprensible a la que llegan todos los ancianos en los cuales una pasión fuerte sobrevive a la inteligencia. Me dije, como él se lo había dicho a sí mismo: «¿A quién irán todas estas riquezas?...». Al pensar en la extraña información que me había facilitado sobre su única heredera, me veo obligado a registrar todas las casas sospechosas de París para arrojar a alguna mala mujer una inmensa fortuna. Ante todo, sepa que, por actas en buena forma, el conde Ernest de Restaud será puesto en pocos días en posesión de una fortuna que le permite casarse con la señorita Camille, constituyendo al mismo tiempo a la condesa de Restaud su madre, a su hermano y a su hermana, dotes y partes suficientes.

—¡Pues bien, querido señor Derville, pensaremos en ello! —respondió la señora de Grandlieu—. El señor Ernest debe ser muy rico para hacer aceptar a su madre por una familia noble. Es cierto que Camille podrá no ver a su suegra.

—La señora de Beauséant recibía a la señora de Restaud —dijo el viejo tío.

—¡Oh, en sus *routs*! —replicó la vizcondesa.

FIN

París, enero de 1830.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB